

Carta Pastoral de los obispos de Pamplona
y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria

El contraste paciente

Repensando la relación Iglesia-Mundo



CUARESMA - PASCUA 2025

DIÓCESIS DE PAMPLONA Y TUDELA,
BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA

EL CONTRASTE PACIENTE

Repensando la relación Iglesia-Mundo

CARTA PASTORAL DE LOS OBISPOS DE
PAMPLONA Y TUDELA, BILBAO, SAN SEBASTIÁN Y VITORIA

CUARESMA-PASCUA DE 2025

IDATZ
—argitaletxea—

© Idatz, 2025

Edición en Castellano

“El contraste paciente”

ISBN: 978-84-96903-80-7

LG D 240-2025

Euskeraz

“Eraman oneko erkatzea”

ISBN: 978-84-96903-81-4

LG D 241-2025

Plaza del Buen Pastor, 15 bajo

20008 Donostia / San Sebastián

Tlf.: 943 465 326

<https://elizagipuzkoa.org>

idatz@elizagipuzkoa.org

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les tocó en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país... y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble... Toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho. Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el Cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y así reciben la vida. Son pobres y enriquecen a muchos; carecen de todo y abundan en todo. Sufren la deshonra y esto les sirve de gloria; sufren afrentas a su fama y ello atestigua su justicia. Son maldecidos y bendicen; son tratados con ignominia y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien y son castigados como malhechores; y, al ser condenados a muerte, se alegran como si les dieran la vida.

AUTOR ANÓNIMO, *Carta a Diogneto*,
en *Padres Apostólicos*, Ed. Clie, Madrid, 2018.

Nosotros, por nuestra parte, hermanos amadísimos, que somos filósofos no de palabras, sino de hechos..., que debemos ser virtuosos más que aparentarlo, que no profesamos grandezas, sino que las vivimos, practiquemos con sumisión de espíritu, como servidores y adoradores que somos de Dios, la paciencia que aprendimos de las lecciones divinas. Esta virtud nos es común con el mismo Dios. De Él trae el origen y toma su dignidad y prestigio. De Él procede su grandeza. El hombre debe amar una cosa tan amada de Dios. El ser estimado por la majestad de Dios recomienda ya su bondad. Si Dios es nuestro Padre y Señor, imitemos la paciencia de nuestro Señor y nuestro Padre, porque los servidores deben ser obedientes y los hijos no pueden degenerar.

SAN CIPRIANO DE CARTAGO, *Sobre los bienes de la paciencia*,
en *Obras completas I*, Ed. BAC, Madrid, 2013.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
1. MÁS ALLÁ DE UNA «IGLESIA DE CRISTIANDAD»	11
2. DENUNCIA O TESTIMONIO.....	17
<i>Amigos y enemigos</i>	17
<i>El testimonio paciente</i>	20
<i>Jonás justiciero y la paciente ironía de Dios</i>	22
3. SER SAL DE LA TIERRA.....	24
<i>Influir o invitar</i>	24
<i>Encarnar las bienaventuranzas</i>	26
4. LA PACIENCIA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS.....	28
<i>El rápido crecimiento del cristianismo</i>	29
<i>El 'habitus' de los cristianos</i>	30
<i>Crecimiento por contagio</i>	32
<i>El culto, forja del 'habitus' cristiano</i>	33
<i>El catecumenado, puerta estrecha hacia el discipulado</i>	34
5. UN NUEVO PARADIGMA:	
EL PODER DEL TESTIMONIO HUMILDE	36
<i>El testimonio comunitario, prioridad para nuestro tiempo</i>	36
<i>Testigos desde la pequeñez</i>	38
<i>Testigos del amor de Dios que bendice y acoge</i>	42
<i>Testigos del poder de la cruz</i>	43

<i>Testigos de la unidad del género humano</i>	45
<i>Testigos de la alegría</i>	47
6. VINO NUEVO EN ODRES NUEVOS:	
LAS NOTAS DE UNA IGLESIA RENOVADA.....	49
<i>Iglesia que vive en la confianza</i>	49
<i>Iglesia que cultiva la experiencia de la fe</i>	51
<i>Iglesia que genera confianza</i>	52
<i>Iglesia que camina en humildad</i>	53
<i>Iglesia que busca su orientación en la Palabra</i>	54
<i>Iglesia que se alimenta de la Eucaristía</i>	56
<i>Iglesia que resiste a la mundanidad</i>	57
<i>Iglesia que supera el acomplejamiento</i>	59
<i>Iglesia que asume y desarrolla su dimensión sinodal</i>	60
<i>Iglesia que construye fraternidad desde los márgenes</i>	62
<i>Iglesia con un laicado que evangeliza</i>	64
<i>Iglesia que prioriza el primer anuncio</i>	65
<i>Iglesia que anima a vivir y a transmitir la fe en la familia</i> ...	67
<i>Iglesia que acoge a fuertes y débiles en la fe</i>	68
<i>Iglesia que promueve la paz social y entre los pueblos</i>	69
CONCLUSIÓN	71
GUÍA PARA LA REVISIÓN DE VIDA	75

INTRODUCCIÓN

1. La Cuaresma de 2025 se nos presenta como un momento especialmente significativo al desarrollarse dentro del Año Jubilar, acontecimiento que la Iglesia universal convoca cada veinticinco años como período extraordinario de gracia y renovación espiritual. Esta circunstancia privilegiada nos invita a un ejercicio profundo de conversión personal y comunitaria, examinando nuestra vida a la luz del Evangelio. La llamada jubilar a la peregrinación y a la reconciliación resuena con particular intensidad en este momento de profunda transformación cultural y social que afecta a la vida de la Iglesia. La progresiva secularización de la sociedad europea, especialmente marcada en las últimas décadas, plantea desafíos inéditos para la comunidad cristiana. Ya no es posible mantener los esquemas pastorales heredados de una época en la que el cristianismo conformaba mayoritariamente la cultura y la vida social. Esta nueva situación, lejos de paralizarnos, nos invita a repensar con creatividad y fidelidad nuestro modo de vivir y dar testimonio de Cristo, Palabra de Vida para el mundo.

2. El presente documento quiere contribuir a esa conversión pastoral y misionera desde la confianza en que el Espíritu Santo sigue guiando a su Iglesia en cada época histórica. Como los peregrinos que atraviesan la Puerta Santa, este tiempo cuaresmal nos invita a una renovación profunda que nos permita re-

descubrir lo esencial de nuestra fe. Nuestra propuesta se inspira en la Palabra de Dios que todo lo ilumina con una luz nueva, en la experiencia de los primeros cristianos que supieron dar un testimonio convincente en su entorno social y en las orientaciones del magisterio reciente que nos invitan a una conversión pastoral para responder a los desafíos actuales.

3. A lo largo de estas páginas exploraremos cómo el espíritu del Jubileo puede ayudarnos a transformar una «Iglesia de cristiandad» en una comunidad que, siendo minoritaria, puede ofrecer un testimonio significativo en el mundo contemporáneo. Este Año Santo nos recuerda que la esperanza cristiana se fundamenta en la fe y se expresa en el ejercicio de la caridad, impulsándonos hacia una Iglesia más universal y con un gran deseo evangelizador. Examinaremos las claves de la notable expansión del cristianismo en sus primeros siglos, no para copiar métodos del pasado, sino para descubrir orientaciones que iluminen nuestro presente. De manera particular, profundizaremos en la importancia de forjar una identidad cristiana clara y significativa, capaz de inspirar comunidades vivas que encarnen las bienaventuranzas en medio del mundo. Esta renovación comunitaria que anhelamos hunde sus raíces en la conversión personal de cada creyente: las transformaciones que aquí se proponen solo serán posibles si las asumimos como invitación al cambio en su propia vida. Por ello, animamos a leer estas páginas en clave de conversión personal, permitiendo que el espíritu cuaresmal y la gracia del Año Jubilar nos ayuden a reconocer aquellos aspectos de nuestra vida que necesitan ser transformados para un seguimiento más auténtico de Cristo.

4. Esta invitación a la reflexión y conversión jubilar se construye en progresión. En primer lugar, nos referimos a la transición que estamos viviendo y sus implicaciones para la vida

eclesial. Después desarrollamos algunas claves de interpretación bíblica que nos ayuden a preparar el futuro. Pasamos luego a examinar la experiencia de la Iglesia primitiva, especialmente lo que se refiere a su capacidad para formar comunidades con un estilo de vida atrayente, basada en la confianza de que Dios actúa a su modo y en sus tiempos. Estos elementos nos permitirán identificar las claves del testimonio cristiano que Cristo pide de su Iglesia y este mundo necesita. Finalmente, señalaremos algunos de los rasgos de una Iglesia renovada en los que queremos progresar para que nuestras comunidades puedan ser signos de la belleza y de esa mayor esperanza que llega con el Evangelio.

5. No pretendemos ofrecer recetas simples para problemas complejos, sino más bien proponer claves de discernimiento personal y comunitario que nos ayuden a vivir esta Cuaresma jubilar como una oportunidad única de renovación evangélica. Os invitamos a leer estas páginas con espíritu de apertura y esperanza, orando y confrontándonos desde ellas, confiando en que el mismo Señor que ha sostenido a su Iglesia a lo largo de la historia sigue actuando hoy en medio de nosotros, especialmente en este tiempo de particular bendición que representa el Año Santo 2025.

I. MÁS ALLÁ DE UNA «IGLESIA DE CRISTIANDAD»

6. La Cuaresma nos invita a transformar nuestro pensar, sentir y actuar. El Evangelio nos urge: «*Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación*» (Mc 16,15). Esta misión debe encarnarse de manera específica en cada tiempo y lugar reconociendo y asumiendo las características propias del entorno donde la Buena Nueva es anunciada. A lo largo de la historia las comunidades cristianas han buscado contemplar la realidad con la mirada de Jesús preguntándose cómo actuaría Él en las más diversas circunstancias. La pluralidad de situaciones en las que el cristianismo se desarrolla hoy en los cinco continentes es testimonio de esta capacidad de adaptación y presencia significativa en contextos muy diferentes. Esta es la catolicidad de la Iglesia.

7. La relación entre la comunidad de fe y el entorno secular en el que vive está condicionada por las circunstancias específicas de cada contexto. Esta relación se ve afectada, entre otros factores, por el tamaño relativo de la comunidad creyente, por la trayectoria histórica del cristianismo en la región y el impacto de su influencia cultural, por la historia de la relación entre Iglesia y estado y, particularmente, por la situación de la libertad religiosa.

8. Europa lleva la impronta profunda del cristianismo en su historia e identidad. Los signos de nuestra tradición religiosa permanecen visibles por doquier: en el calendario festivo, en el

arte, en la arquitectura y en múltiples manifestaciones culturales más o menos explícitas. Sin embargo, la distancia entre el pensamiento europeo dominante y la cosmovisión cristiana se hace cada vez más patente.

9. Europa fue la cuna de la modernidad. En su suelo germinó y floreció un nuevo modo de pensar centrado en la razón instrumental, que daría origen al desarrollo científico y tecnológico antes de expandirse globalmente a través del colonialismo y una influencia cultural y educativa muy marcada. Esta modernidad europea conserva una profunda huella cristiana, visible incluso en sus expresiones más secularizadas.

10. El pensamiento secular contemporáneo, aunque a menudo se define en oposición al cristianismo, es en gran medida heredero de la antropología y la cosmovisión social cristianas. Valores fundamentales de la modernidad europea como la igual dignidad de cada persona, la búsqueda del bien común o la preocupación por los más vulnerables tienen su origen en la tradición judeocristiana, siendo conceptos ajenos a las culturas griega y romana precedentes. Incluso la fe en el progreso social puede entenderse como una secularización de los ideales cristianos.

11. La Reforma protestante jugó un papel decisivo en esta transformación cultural al sembrar el pensamiento crítico y, quizás involuntariamente, las semillas del individualismo moderno. Este giro facilitó el ascenso de la razón instrumental y la consecuente desacralización del mundo, dando paso a una ciencia que establecería una nueva relación entre el sujeto que observa y la realidad observada, ahora reducida a objeto de estudio.

12. El debate sobre el «alma cristiana» de Europa, aunque complejo y profundo, parece hoy más histórico que actual. Esta herencia cristiana, innegable en el pasado, ha perdido su capa-

cidad para interpretar nuestro presente y orientar nuestro futuro. Responder a los desafíos actuales exige más que un anhelo nostálgico de restaurar tiempos pasados. Semejante empresa está destinada al fracaso, pues la función socialmente orientadora del cristianismo en Europa se ha debilitado profundamente.

13. Sin embargo, este proceso no puede extenderse sin más a otros continentes. La experiencia europea de secularización, aunque significativa, no puede considerarse un modelo universal para entender la relación entre lo religioso y lo secular. Su peculiaridad reside en el carácter confrontativo de este proceso: lo secular no surgió como complemento, sino como alternativa a lo religioso, ganando terreno progresivamente hasta establecerse como la visión dominante. Esta trayectoria específicamente europea ha generado dos consecuencias importantes: la extendida creencia de que el progreso secular presupone la superación o, al menos, el debilitamiento de la religión, y la tendencia, fruto de un persistente etnocentrismo, a considerar que el proceso europeo es también el camino inevitable para otras culturas que, en esa perspectiva, estarían más atrasadas.

14. Las tendencias globales no confirman esta hipótesis. Otras regiones del mundo están desarrollando modelos diferentes de relación entre modernidad y religión, haciendo que lo que está sucediendo en Europa occidental sea peculiar en muchos sentidos y, por tanto, no agota las posibilidades de esta compleja relación. En el análisis de Benedicto XVI cierta modernidad presupone que para afirmar la autonomía humana se necesita prescindir de la divinidad, actuando «como si Dios no existiera» (*etsi Deus non daretur*)¹. En realidad es todo lo contrario. Solo

¹ BENEDICTO XVI, *Alocución en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio de la Cultura* (8 de marzo de 2008).

allí donde Dios es afirmado se garantiza la defensa de la dignidad del ser humano en toda su integridad.

15. En nuestro entorno más cercano, el catolicismo ha estado profundamente entrelazado con la cultura y el poder político desde, al menos, el final de la Reconquista. La expansión de la Iglesia en Latinoamérica constituye un capítulo especialmente significativo de esta historia. Más recientemente, el desenlace de la guerra civil española y las décadas del régimen franquista configuraron un modelo controvertido de relación Iglesia-mundo, cuyas consecuencias, algunas negativas, todavía se perciben en el modo de pensar y reaccionar tanto de creyentes como de personas contrarias a la Iglesia.

16. Esta alianza entre «el trono y el altar» —el nacionalcatolicismo— que definió durante décadas las relaciones Iglesia-Estado en España y, consecuentemente, el modo de la relación Iglesia-mundo, pertenece claramente al pasado. La llegada de la democracia trajo consigo una transformación social que, inicialmente lenta, se ha acelerado notablemente en el siglo XXI. El cambio va mucho más allá de una mera disminución en bautizos, confirmaciones y bodas. Estamos ante un verdadero *tsunami* cultural que ha convertido en extraños y escasamente atractivos muchos elementos esenciales de la antropología y cosmovisión cristianas: el valor esencial de la comunidad, el sentido del sacrificio y el compromiso, la importancia de la fidelidad, de la entrega, de las renunciaciones, la ineludible referencia a la corporeidad y a la biología si queremos comprendernos como seres humanos. Especialmente en lo relativo a la antropología la distancia y el contraste con otras visiones y sensibilidades se hace cada vez más palpable.

17. La magnitud de esta transformación genera en muchas personas una sensación de inseguridad y hasta de angustia, mientras otras celebran con entusiasmo la ruptura con

ideas que hasta hace poco eran ampliamente compartidas. Las concepciones que antes explicaban el mundo y las relaciones humanas atraviesan una crisis generalizada. Ha cambiado radicalmente nuestra manera de entender lo que somos y de situarnos en la historia. Fenómenos que considerábamos impensables o lejanos, objeto de novelas distópicas de ciencia ficción, aparecen ahora como posibilidades cercanas. El futuro se nos antoja cada vez más incierto. Muchas de las cosas que hasta hace poco se consideraban naturales y beneficiosas (la familia, la solidaridad, los vínculos sociales fuertes...) han dejado de serlo en círculos muy amplios.

18. Algunos buscan consuelo en la idea de que la historia se mueve en ciclos, como el badajo de una campana que, tras golpear en un extremo, rebota inevitablemente a su posición anterior. Esta imagen resulta quizá un tanto simplista. Nadie puede esperar razonablemente que, en un futuro previsible, el cristianismo recupere una posición globalmente orientadora en nuestro entorno social. No hay ningún signo que apunte en esa dirección. No podemos refugiarnos en la ilusión de un retorno al pasado, esperando pasivamente que esta situación sea transitoria. La comunidad cristiana debe asumir la realidad presente y repensar su aportación a un mundo nuevo donde las tendencias actuales seguirán fortaleciéndose al menos en las próximas décadas.

19. Una doble convicción fundamental debe orientar nuestro camino: nuestra fidelidad al mandato del Señor y a su voluntad y, por otro lado, la certeza de su fidelidad para con nosotros. Como nos recuerda el Evangelio: «*Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia*» (Mt 6, 33), confiando en que lo demás vendrá por añadidura, sin saber con certeza ni el modo, ni el día, ni la hora. Nuestra identidad y vocación esenciales consisten en ser «pueblo de Dios», y desde ahí debemos repensar nuestra relación con el mundo.

20. Con frecuencia se intenta justificar la existencia de la Iglesia por su contribución a la justicia social o por su capacidad para mejorar el mundo. Es cierto que estos anhelos y objetivos son importantes para la comunidad cristiana. Sin embargo, no constituyen el fundamento de su misión. Nuestra razón de ser radica en la verdad de nuestras convicciones, en nuestro compromiso de vivir en coherencia con ellas, en el mandato del Señor de compartirlas y darlas a conocer a todos los pueblos de la tierra y en el conocimiento de que necesitamos pedir la asistencia divina para lograr estas cosas. El papa Francisco nos invita a vivir en este próximo Año Jubilar con mente abierta y corazón confiado. La Iglesia existe para llevar a Cristo como Buena Noticia al mundo, constituyéndose ella misma en sacramento de salvación para el mundo, nunca contra él o a pesar de él. Benedicto XVI lo expresa así: *«La Iglesia, cada uno de nosotros, tiene que llevar al mundo esta gozosa noticia: que Jesús es el Señor, Aquel en el que se han hecho carne la cercanía y el amor de Dios por cada hombre y cada mujer y por toda la humanidad»*².

21. Esta fidelidad a nuestra identidad generará sin duda efectos socialmente positivos porque la fe en Dios camina necesariamente unida con el servicio al prójimo. También provocará tensiones y controversias que debemos asumir porque Cristo mismo las vivió y nos las anuncia: *«Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa»* (Mt 5,11).

22. Los cristianos tienen una identidad y misión propias que no pueden quedar subordinadas a lo que el mundo considere valioso o aceptable. Solo siendo fieles a nuestra peculiar

² BENEDICTO XVI, *Discurso en la Apertura de la Asamblea eclesial de la diócesis de Roma* (13 de junio de 2011).

misión, que nos compromete a reflejar la vida y el proyecto de Jesús, podremos ofrecer un testimonio verdaderamente significativo en el contexto actual. El impacto social de nuestra presencia, aunque importante, será siempre dependiente de esta fidelidad fundamental.

2. DENUNCIA O TESTIMONIO

23. La declaración de Jesús «*El que no está conmigo está contra mí; el que no recoge conmigo, desparrama*» (Mt 12, 30) parece establecer una división tajante entre amigos y enemigos de la causa divina. Sin embargo, esta afirmación debe interpretarse cuidadosamente para no caer en una visión que reduzca la complejidad de la misión cristiana a un mero enfrentamiento entre bandos. De entrada, la cita señalada ha de conciliarse con otra, aparentemente contradictoria: «*El que no está contra nosotros está a favor nuestro*» (Mc 9, 40). De hecho, la relación entre la comunidad creyente y el mundo ha oscilado históricamente entre dos polos: la denuncia que confronta y el testimonio que transforma. Ilustrar estos dos enfoques, sus raíces bíblicas y sus implicaciones prácticas, nos ayudará a discernir el modo más evangélico de situarnos en medio del mundo actual.

Amigos y enemigos

24. La relación entre la comunidad de fe y el mundo puede concebirse de dos modos diferentes. El primero, que podríamos llamar la «dinámica de amigos y enemigos», parte de una premisa simple: Dios ha elegido a un pueblo y combate a su lado en las disputas de este mundo. Esta visión divide la realidad en bandos enfrentados: el de los amigos y los enemigos de Dios. La tarea

consistiría en fortalecer a los primeros y debilitar, incluso anular si fuera posible, a los segundos. Se ilustra aquí la tentación de la «cancelación» que encuentra un eco neotestamentario en aquella parábola del trigo y la cizaña. «Maestro... ¿Quieres que vayamos y la arranquemos?» (Mt 13, 28).

25. Numerosos pasajes del Antiguo Testamento, interpretados de manera literal y aislada, parecen avalar esta perspectiva. Esta concepción de las divisiones sociales como lucha entre bandos impregna múltiples dinámicas históricas y sociales: desde las guerras entre naciones y los conflictos identitarios, hasta la gestión mediática de los conflictos cotidianos en nuestras democracias, donde los titulares y la información sesgada tienden a exacerbar los conflictos. La lógica de la confrontación y el juicio sin matices alcanzan incluso el ámbito privado, como evidencian ciertos conflictos familiares por herencias que pueden tornarse especialmente amargos.

26. La mentalidad del «nosotros contra ellos» se sustenta en una convicción fundamental: nuestro bando posee la razón y cuenta con la bendición divina para justificar el combate. Es una fe que se alimenta de la confrontación y que necesita caricaturizar al adversario y sostenerse en tensiones reales o imaginadas, en enfrentamientos sucesivos, algunos justificados o inevitables.

27. Su núcleo es la certeza de que Dios —o la razón, o la verdad, o todo a la vez— está de nuestra parte y ello justifica combatir al adversario por cualquier medio. El asunto pronto va más allá de la mera confrontación de ideas. Las discrepancias derivan pronto en fuertes emociones que llevan a las partes a encararse con quienes defienden o actúan de forma contraria a nuestras convicciones.

28. «¿Quién como tu pueblo, Israel, nación única sobre la tierra?» (2 Sam 7, 23a). Esta afirmación de singularidad, entendida

literalmente y sin contrapesos, resulta gratificante pues justifica un sentimiento de superioridad moral, declarada o secretamente sentida, sobre los potenciales adversarios. No es casualidad que los seres humanos nos definamos más por lo que rechazamos que por lo que aceptamos, encontrando mayor satisfacción en criticar que en apreciar lo positivo en otras personas y puntos de vista. La fuerza de esta tendencia revela aspectos de la condición humana que confirman la realidad del pecado original.

29. En esta perspectiva, pertenecer al bando divino debería garantizar la victoria. Sin embargo, la historia de Israel muestra una realidad mucho más compleja: el pueblo elegido sufre derrotas sucesivas ante fuerzas superiores (asirios, babilonios, persas, helenos y romanos). La Biblia atribuye estos reveses a las infidelidades del pueblo, aunque, con cierta ironía, podríamos señalar que la debilidad militar también era un factor relevante. La sabiduría popular lo expresa con humor: «pues, vinieron los sarracenos y nos molieron a palos, que Dios ayuda a los malos cuando son más que los buenos». El mismo Cristo sugiere un enfoque más pragmático al recomendar evaluar las fuerzas propias y ajenas antes de entrar en batalla (cfr. *Lc* 14, 31).

30. En síntesis, esta primera visión reduce la complejidad del mundo a una dinámica de «nosotros contra ellos». Es la lógica del poder que ha dominado tantos acontecimientos históricos, un ejercicio de dominación que frecuentemente deriva en tiranía sobre los pueblos y que Cristo denuncia explícitamente en el Evangelio (cfr. *Mt* 20, 25). Comentando esta cita, el papa Francisco afirma: «*Entre vosotros no debe suceder así: en esta expresión alcanzamos el corazón mismo del misterio de la Iglesia*»³.

³ FRANCISCO, *Alocución en la Conmemoración del 50º aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos* (17 de octubre de 2015).

El testimonio paciente

31. Existe otro modo de entender las tensiones entre la comunidad de fe y el mundo: la dinámica del testimonio paciente, presente tanto en el Antiguo, como en el Nuevo Testamento. El encuentro entre Herodes y Jesús lo ilustra perfectamente. En presencia de un Herodes desconcertado que no sabe si está ante un profeta, un mensajero divino o un ajusticiado que busca venganza, Jesús responde con un silencio elocuente a sus preguntas curiosas y a las acusaciones de escribas y fariseos (cfr. *Lc 23, 8-10*). Este comportamiento, aunque nos resulte extraño, revela una verdad fundamental: el Dios de Jesús trasciende los bandos humanos. Es el Señor de toda la creación que «*está gimiendo con dolores de parto*» (*Rom 8, 22*) el que hace salir el sol y envía la lluvia sobre justos e injustos (cfr. *Mt 5, 45*).

32. Más aún, este Dios nos desconcierta al pedirnos amar a los enemigos y devolver bien por mal, «*porque él es bueno con los malvados y desagradecidos*» (*Lc 6,35*). Esta fe resulta profundamente perturbadora para nuestra lógica humana: ¿cómo se convertirán los malvados si Dios es bondadoso con ellos? ¿Qué clase de Dios rehúsa trazar líneas divisorias entre buenos y malos? Muchos preferirían un Dios que envíe lluvia suave a nuestras tierras mientras castiga al enemigo con sequías abrasadoras hasta doblarlo.

33. Ciertamente, el Nuevo Testamento contiene textos que establecen contrastes entre grupos: vírgenes sensatas y necias (cfr. *Mt 25, 1-13*), empleados diligentes y negligentes (cfr. *Mt 25, 14-30*), ovejas y cabritos (cfr. *Mt 25, 31-46*). Sin embargo, estas comparaciones no buscan fomentar confrontaciones entre «justos» e «injustos», sino subrayar la urgencia de una decisión personal por Jesús.

34. Lo crítico en esta fe de Jesús es reconocer que el problema fundamental no son los otros, sino uno mismo. «*De lo que rebosa del corazón habla la boca*» (Lc 6, 45). Este es un elemento central de cualquier Cuaresma. Cristo nos llama constantemente a vivir en la verdad de lo que somos, no de lo que pretendemos ser: sin arrogancia, sin autoengaños, cultivando con perseverancia un amor siempre frágil en medio de las tensiones y dificultades cotidianas. Nuestra misión es ofrecer al mundo un testimonio valioso, no desde la confrontación, sino desde la coherencia de vida y así contribuir a una sociedad más integrada. Es la *amistad social* que propone el papa Francisco en *Fratelli tutti*, un camino que presupone la convicción de que «*la unidad es superior al conflicto*»⁴ y que se traduce en el deseo de construir puentes y reconocer el valor de cada persona más allá de las barreras o muros que nos empeñamos en levantar.

35. En definitiva, en la llamada de Jesús a la conversión el verdadero enemigo lleva nuestro nombre. Quien se entretiene señalando la mota o la viga en el ojo ajeno (cfr. Mt 7, 3-5) solo evidencia su incapacidad para ocuparse de su propia casa.

Jonás justiciero y la paciente ironía de Dios

36. Es fácil simplificar. Es fácil decir que la estrategia del conflicto y la confrontación es la del Antiguo Testamento y la de la paciencia la del Nuevo. Pero también en el Antiguo Testamento podemos encontrar rasgos inequívocos del Dios que Jesús revela. Quisiéramos ilustrar este hecho comentando un relato bíblico, la historia de Jonás, que refleja la novedad que el Nuevo Testamento va a confirmar y consolidar.

⁴ FRANCISCO, Carta encíclica *Fratelli tutti* (3 de octubre de 2020), 245.

37. Jonás salió corriendo cuando Dios le pidió ir a predicar la conversión a Nínive, capital del enemigo asirio y dechado de depravación. Uno pensaría que esta huida fue por miedo al resultado de la misión encomendada, pero, tal y como revela el mismo texto, la razón es otra muy distinta. Jonás tiene miedo, pero lo que teme no es que peligre su vida. Lo que Jonás quiere evitar es hacer algo que lleve a Dios a perdonar a los ninivitas. Convertidos o no, los quiere muertos, destruidos, arrasados, aniquilados.

38. La primera parte de la historia es bien conocida. La huida de Jonás fracasa y, tras ser vomitado a tierra firme por un gran pez, al profeta no le queda más remedio que obedecer y predicar en Nínive la conversión. Esta predicación tiene un gran impacto, resultando una de las más exitosas de la historia. Toda la ciudad se viste de saco e inicia un ayuno: el rey y sus habitantes cambian su vida y prometen escuchar al único Dios. Y sucede lo que Jonás temía: Dios se compadece y decide no destruir la ciudad. Jonás, lejos de alegrarse, se llena de tristeza y agarra tal enfado que pide al Señor morir él mismo, explicitando sin ambigüedades el motivo de su huida (cfr. *Jon* 4, 1-3).

39. No es fácil cambiar de convicciones, dejar el bando de los que alimentan la confrontación, para unirse a la comunidad de los que centran sus esfuerzos en buscar caminos de unidad. No es fácil aceptar que Dios, verdaderamente, sabe más y nos pide superar nuestras reacciones viscerales. Dejémosle que nos enseñe algo sobre la fe que este mundo necesita.

40. La historia de Jonás acaba en una bella y jocosa nota: Dios se acerca intentando serenarle y le pregunta: «¿Por qué tienes ese disgusto tan grande?» (*Jon* 4, 4). Para confortarle hace crecer una planta de ricino que le alivie del sol insoportable. Jonás se anima, pero Dios esa misma noche hace que la planta enferme y, queriendo todavía agravar la situación del profeta,

envía al día siguiente un viento abrasador. Jonás, desfalleciendo, se desespera y desea que le llegue la muerte. Dios vuelve dirigirse a él, e invitándole a releer su reacción ante la Nínive convertida le dice: «*Tú te compadeces del ricino que, ni cuidaste, ni ayudaste a crecer, que en una noche surgió y en otra desapareció, ¿y no me he de compadecer yo de Nínive, la gran ciudad, donde hay más de ciento veinte mil personas, que no distinguen la derecha de la izquierda, y muchísimos animales?*» (Jon 4, 10-11).

41. Así termina el relato. No consta que el profeta superara su enfado, pero nos gustaría suponer que sí, que finalmente, Jonás se ablandó y se convirtió quien lograra tantas conversiones. Terminamos esta sección con una oración que podría ser la de un Jonás convertido. Diría así: *Te alabo Señor, creador de la humanidad a tu imagen y semejanza, de todos los espacios, de todas las cosas, de todas las naciones; te alabo a ti, Dios de misericordia, que diariamente me invitas a elevarme sobre las murallas que creamos, a volar sobre la arena, borrando todas las líneas divisorias que nosotros, incansablemente, vamos marcando.*

3. SER SAL DE LA TIERRA

42. Un incendio forestal, alimentado por la sequía, puede causar una devastación inmensa. En estas situaciones críticas resulta admirable el valor de quienes arriesgan sus vidas para combatir el fuego y restaurar la seguridad. La labor del bombero exige un delicado equilibrio: debe aproximarse lo suficiente al fuego para poder extinguirlo, pero también mantener la distancia necesaria para no ser alcanzado por las llamas. Esta tensión entre cercanía y precaución resulta instructiva para los creyentes, pues ilustra nuestra propia llamada a estar en el mundo sin ser del mundo.

43. La Iglesia afronta un desafío similar al del bombero: no puede renunciar a dialogar con la cultura ni a su vocación de transformarla para hacerla más plenamente humana. Sin embargo, debe mantener una distancia crítica que la proteja de la mundanidad, una tentación sutil pero poderosa que puede acabar diluyendo nuestra identidad y capacidad de reflejar y ser la comunidad de Jesús.

Influir o invitar

44. La metáfora de la *sal de la tierra* (cfr. Mt 5, 13) ha iluminado tradicionalmente nuestra comprensión de la relación entre la Iglesia y la sociedad. Al reflexionar sobre el testimonio cristiano en un mundo incrédulo, esta imagen de «sal y luz» aparece constantemente. La interpretación más común la entiende como una llamada a conformar, aunque sea débilmente, a influir positivamente en el conjunto de la sociedad: los cristianos, individual y colectivamente, actuarían como agentes morales que aportan sabor a la vida humana. Desde esta perspectiva, la sal funcionaría como «saborizante» que mejora el conjunto del guiso o como «preservante» que previene su decadencia.

45. Pero tal vez esta interpretación tan difundida no capta lo nuclear del mensaje del Señor. Cuando Jesús dice *vosotros sois la sal de la tierra*, tal vez Jesús no está pidiendo tanto un aporte difuso al conjunto social, sino que se refiere a la necesidad de preservar el sabor distintivo que los cristianos deben ofrecer al mundo. En este caso el énfasis estaría en asegurar una identidad de contraste desde la cual invitar a otros a experimentar la riqueza de quienes han descubierto el tiempo de Dios. Cristo estaría pidiendo a la comunidad creyente y a cada discípulo que encarne ese «sabor» específico del Reino haciéndolo ya presente en medio del mundo. Lo esencial sería vivir y mostrar la diferencia, el sabor distintivo que, por la fuerza del testimonio, pueda atraer a quienes no son todavía

miembros de la comunidad de fe, pero pueden apreciarla como alternativa valiosa a otro tipo de propuestas acomodadas e insípidas.

46. Así pues, no se trataría tanto de «influir» difusamente cuanto de «invitar» específicamente. La «tierra» representa aquí al mundo que vive al margen de la propuesta divina, dominado por dinámicas de poder, intereses particulares y vacío espiritual. La misión primaria de la comunidad cristiana no sería conformar este mundo, sino ofrecer motivos para que las personas abracen una vida transformada. *Sal de la tierra* constituye, ante todo, una llamada radical al discipulado que solo indirectamente producirá la transformación social necesaria. Como señalaba sabiamente san Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*, el proceso es progresivo: «*lo primero es vivir coherentemente el Evangelio, para poder luego invitar a otras personas a experimentarlo en comunidad, haciendo crecer así una progresiva adhesión vital y comunitaria al mensaje de Cristo*»⁵.

47. En el debate clásico entre «cristianos de presencia» y «cristianos de mediación», cierta hermenéutica utilizaba los símbolos de sal y luz en contraste como ilustración de una u otra posición. Sin embargo, en nuestro análisis ambos símbolos convergen en una misma idea, de modo que la parábola de la luz complementa lo dicho respecto a la sal. Más que disipar de manera general la oscuridad, la luz enfatiza la necesidad de una comunidad que contraste con el entorno social. Como un faro en la noche, la luz debe ser visible para atraer hacia su fuente a quienes viven en tinieblas. Ambas imágenes, sal y luz, promueven una misma visión: la de una comunidad significativa que, por la solidez de su testimonio, presente al mundo un modo de entender la vida atractivo para la humanidad.

⁵ SAN PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), 21-23.

Encarnar las bienaventuranzas

48. La ubicación estratégica de las metáforas de la sal y la luz (*Mt* 5, 13-16) en el Sermón de la Montaña no es casual: representan el modo en que los seguidores de Jesús asumen y responden a la justicia que anuncia el Señor. Para comprender plenamente estas metáforas debemos vincularlas con las bienaventuranzas y su concepción de la justicia; una justicia llamada a superar la de escribas y fariseos (*Mt* 4, 20). Las bienaventuranzas describen las cualidades de esta justicia superior. Ser sal y luz significa encarnar estas virtudes en nuestra vida cotidiana.

49. El Sermón concluye magistralmente con tres pares de imágenes que refuerzan este mensaje: las dos puertas (*Mt* 7, 13-14), enfatizando la necesidad de una elección correcta para orientar el camino; los dos árboles (*Mt* 7, 15-20), subrayando la urgencia de producir buenos frutos; y las dos casas (*Mt* 7, 24-27), señalando la importancia de construir sobre cimientos sólidos, porque antes o después el oleaje y los vientos van a llevarse las construcciones endebles.

50. Estas imágenes confluyen en una verdad fundamental: seguir las enseñanzas de Jesús no es opcional. No estamos ante propuestas más o menos definidas, abiertas al debate, sino ante una alternativa vital que nos confronta con una decisión ineludible, consciente y madura: seguir a Cristo y vivir según sus enseñanzas o no hacerlo. Y aquí no valen las medias tintas.

51. Las metáforas de la sal y la luz, aunque distintas, se complementan para expresar la esencia del discipulado. Su propósito va más allá de un mero intento de preservar o influir gradualmente en el mundo: buscan encarnar y manifestar la realidad radicalmente distinta del Reino. Los discípulos, con su «sabor» distintivo y con su «luz» de contraste, han de reflejar visible-

mente el poder transformador de Dios, invitando a quienes no forman parte de la comunidad a abandonar la insipidez de un mundo extraviado para participar en el banquete de vida que solo Cristo ofrece.

52. Igual que las realidades de pecado afectan tanto al mundo como a la Iglesia, las exigencias que el Evangelio impone a la comunidad cristiana no implican, en modo alguno, que no existan elementos valiosos fuera de ella. Al contrario, reconocemos en muchas realidades humanas y dinámicas sociales las «semillas del Verbo»⁶, signos de la presencia y bondad divinas que se manifiestan en personas y culturas no creyentes. Este reconocimiento es esencial para cualquier proyecto misionero, pues nos permite evitar maniqueísmos y tener los ojos siempre abiertos para identificar la acción del Espíritu que «sopla donde quiere» y prepara los corazones para recibir la Buena Nueva.

4. LA PACIENCIA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

53. Tanto Benedicto XVI como Francisco han venido subrayando que «*la Iglesia no hace proselitismo. Crece mucho más por atracción*»⁷. Esta misma cita la reproduce Francisco en una catequesis titulada «*La pasión por la evangelización: el celo apostólico del creyente*»⁸. Además, Francisco destaca que en el Nuevo Testamento se observa cómo «*las comunidades primitivas, inmersas en*

⁶ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Decreto *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, 15.

⁷ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Eucaristía de inauguración de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en el Santuario de la «Aparecida»* (13 de mayo de 2007).

⁸ FRANCISCO, *Catequesis en la Audiencia General* (11 de enero de 2023).

un mundo pagano desbordado de corrupción y desviaciones, vivían un sentido de paciencia, tolerancia, comprensión»⁹.

54. Los primeros cristianos entendieron y vivieron la paciencia como una virtud fundamental que marcó profundamente su modo de estar en el mundo. Esta paciencia no era simple resignación o pasividad, sino una actitud vital que reflejaba su comprensión de un Dios que actúa con mansedumbre y respeta los ritmos de la historia humana. Se manifestaba en múltiples aspectos: en su modo de crecer como comunidad sin forzar conversiones, en su manera de responder a la persecución sin buscar represalias, en la formación pausada de nuevos creyentes a través del catecumenado, en sus prácticas de culto que forjaban identidades renovadas, y en su disposición a testimoniar la fe más con el ejemplo que con palabras. Esta «extraña paciencia», como la percibían algunos observadores paganos, resultó ser paradójicamente una fuerza transformadora que contribuyó decisivamente a la sorprendente expansión del cristianismo en los primeros siglos. Su estudio no es mero ejercicio histórico, pues ofrece claves valiosas para repensar nuestra presencia cristiana en el mundo actual.

El rápido crecimiento del cristianismo

55. Uno de los fenómenos más sorprendentes de la historia del cristianismo es su rápida expansión en el Imperio Romano, antes incluso de convertirse en religión oficial con Constantino y Teodosio. El período más significativo de este crecimiento se extiende desde el inicio del mandato de Marco Aurelio (161 d.C.), hasta la llegada al poder de Constantino (306 d.C.).

⁹ FRANCISCO, Carta encíclica *Fratelli tutti* (3 de octubre de 2020), 239.

56. Este desarrollo extraordinario ha generado numerosos estudios que ofrecen interpretaciones diversas, aunque existe consenso en dos aspectos: su singularidad histórica y la necesidad de considerar la interacción de múltiples factores sociales, culturales y religiosos para comprenderlo. Los investigadores señalan principalmente tres razones que explican este crecimiento:

1. La fuerza de la comunidad. En un Imperio Romano marcado por el declive económico, la inestabilidad política y la inseguridad, las comunidades cristianas ofrecían un fuerte sentido de pertenencia y un mensaje esperanzador. Esta propuesta atraía especialmente a quienes se sentían marginados o desilusionados de la sociedad romana.
2. El testimonio de la caridad. La práctica organizada de la caridad constituyó un factor decisivo. La atención a viudas, huérfanos, pobres y enfermos contrastaba radicalmente con el individualismo dominante. Benedicto XVI recoge en *Deus caritas est* el testimonio revelador del emperador Juliano el Apóstata († 363): «*El único aspecto que le impresionaba del cristianismo era la actividad caritativa de la Iglesia... Los 'Galileos' habían logrado con ello su popularidad. Se les debía emular y superar*»¹⁰. Este reconocimiento de un adversario confirma el poder testimonial de la caridad cristiana.
3. Un camino claro de salvación. En un mundo saturado de cultos y escuelas filosóficas, el cristianismo proponía un camino de salvación sencillo y coherente. Lo que sus críticos consideraban rigidez proporcionaba certeza y dirección en tiempos de incertidumbre. El testimonio de los mártires potenciaba este atractivo: su valentía ante la

¹⁰ BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005), 24.

persecución y la muerte impresionaba incluso a los detractores, evidenciando la fuerza de una fe que tenía un poder extraordinario.

57. La confluencia de estos elementos explica gran parte del éxito del cristianismo primitivo. Su vitalidad comunitaria, su práctica caritativa y la valentía para testimoniar un mensaje de salvación novedoso ofrecían una alternativa convincente a la decadencia moral y fragmentación social del mundo pagano. La fe inquebrantable de sus seguidores, aunque criticada como sectaria por algunos, resultaba profundamente atractiva para muchos. El cristianismo era entonces una emergente doctrina y práctica que ofrecía respuestas nuevas y significativas.

El 'habitus' de los cristianos

58. El historiador menonita Alan F. Kreider (1947-2017), en su obra *La paciencia*¹¹, ofrece una perspectiva novedosa sobre el impacto de las comunidades cristianas en la sociedad romana. Según su análisis, la pertenencia a la comunidad cristiana generaba una disposición distintiva que él denomina *habitus*, un conjunto de hábitos arraigados, disposiciones y prácticas individuales y comunitarias que moldeaban tanto la visión del mundo como el comportamiento de los creyentes, marcando un claro contraste con su entorno.

59. En el centro de este *habitus* cristiano se encontraba la virtud de la paciencia, considerada esencial para la vida y el crecimiento de la Iglesia. Esta paciencia no era una simple actitud pasiva, sino el reflejo del ser mismo de Dios, cuya mansedumbre se había revelado en la vida y enseñanzas de Jesucristo. Los

¹¹ KREIDER, A. F., *La paciencia*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2017.

paganos, sorprendidos por esta «extraña paciencia», se sentían intrigados y atraídos hacia una fe que generaba un modo de vida tan distintivo.

60. Esta paciencia se manifestaba en aspectos muy concretos de la vida: en la relación con los bienes materiales, promoviendo la sencillez y la generosidad; en las prácticas comerciales, donde los cristianos se distinguían por perdonar deudas, actuar con honestidad y evitar litigios; en la vida matrimonial, defendiendo la fidelidad en contraste con la permisividad sexual romana; en la negativa a forzar conversiones, entendiendo que la fe auténtica solo puede ser fruto de una decisión libre.

61. Lactancio (243-325), en su obra *Instituciones divinas* articuló claramente esta postura al argumentar que la verdadera religión florece mediante la persuasión, nunca por coacción: «*La religión debe ser defendida, no matando, sino muriendo; no con sevicia, sino con paciencia; no con maldad, sino con fe*»¹².

62. El testimonio de vidas de creyentes ejemplares, reflejo de un Dios paciente y amoroso, constituía la evidencia más convincente del valor de la fe cristiana.

63. La paciencia alcanzaba su expresión más radical en la respuesta a la persecución. Maestros como Tertuliano y san Cipriano instaban a la comunidad a soportar el sufrimiento sin ser tentados por represalias, imitando así a Cristo. Esta resistencia no violenta, sostenida por la esperanza en la resurrección, contrastaba fuertemente con la cultura romana de retribución y castigo inmediatos.

¹² LACTANCIO, *Instituciones divinas*, Libros IV-VII, Ed. Gredos, Madrid, 1990, p. 164.

Crecimiento por contagio

64. El sociólogo estadounidense Rodney Stark (1934-2022), en su obra *La expansión del cristianismo*¹³, propuso una tesis hoy ampliamente aceptada: lo significativo de esa expansión no fueron tanto las conversiones masivas, sino el proceso gradual de adhesiones individuales que se transmitían por redes familiares y de amistad. Este «contagio» sostenido generó un crecimiento exponencial durante dos siglos, revelando un patrón de expansión tan efectivo como sorprendente.

65. Kreider aporta evidencias abundantes de este proceso orgánico. Los primeros cristianos no intentaban controlar o acelerar el crecimiento de la Iglesia mediante programas misioneros organizados o estrategias evangelizadoras explícitas. Su actitud reflejaba una profunda confianza en que Dios, a su tiempo y manera, atraería a las personas mediante el testimonio silencioso pero elocuente de las comunidades creyentes. Esta aparente «pasividad» era en realidad expresión de una paciencia activa que confiaba en la acción divina.

66. Sin embargo, esta confianza en el plan divino no significaba inacción. Los cristianos aprovechaban sus relaciones cotidianas para compartir su experiencia de fe, no mediante proclamaciones formales, sino a través del testimonio vital en conversaciones e interacciones diarias. Las comunidades, caracterizadas por su espíritu de paz y apoyo mutuo, se convertían así en focos naturales de atracción.

67. Las mujeres desempeñaron un papel crucial en esta expansión orgánica. Sus aportaciones, más valoradas en las comunidades cristianas que en la sociedad romana, fueron decisivas. Desde sus espacios cotidianos –hogares y trabajos– actuaron

¹³ STARK, R., *La expansión del cristianismo*, Ed. Trotta, Madrid, 2009.

como verdaderas misioneras, mecenas y maestras. Su testimonio de piedad y dedicación resultó especialmente efectivo para la difusión del cristianismo, primero entre otras mujeres y, a través de ellas, hacia los varones y las nuevas generaciones.

El culto, forja del 'habitus' cristiano

68. Kreider destaca un elemento frecuentemente subestimado en los análisis seculares: el papel central del culto compartido en la formación de la identidad cristiana primitiva. Aunque estas celebraciones no eran accesibles a los no creyentes, su poder transformador se manifestaba visiblemente en la vida cotidiana de los cristianos, forjando ese *habitus* distintivo que tanto impresionaba a los observadores externos.

69. Las reuniones semanales, fuesen banquetes vespertinos o servicios matutinos, constituían el núcleo vital de la comunidad. No eran meros actos rituales, sino encuentros transformadores donde se alimentaba la relación con Dios, se profundizaba en la fe y se fortalecían los vínculos fraternos. Tres prácticas resultaban especialmente significativas:

1. La Eucaristía: comunión con Dios y los hermanos. Las comidas compartidas, especialmente la Eucaristía, creaban y fortalecían el sentido de familia en Cristo. Inicialmente celebradas como cenas en hogares evolucionaron hacia servicios matutinos más breves, pero manteniendo su profundo simbolismo de comunión con lo divino y entre los creyentes.
2. La oración: diálogo vital con Dios. A diferencia de las oraciones paganas, formales y rígidas, la oración cristiana se caracterizaba por su espontaneidad y autenticidad. Como señalan Tertuliano, san Cipriano y Orígenes, los creyentes

oraban con los ojos abiertos y las manos elevadas, expresando tanto su confianza como su disposición para afrontar con Dios cualquier desafío cotidiano o extraordinario.

3. El beso de paz: signo de reconciliación. Este gesto, tomado de la cultura romana, pero reinterpretado cristianamente, expresaba y promovía la unidad de la comunidad. Más que un rito formal simbolizaba la igualdad fundamental de todos en Cristo, fomentando relaciones de respeto mutuo que trascendían las diferencias sociales.

70. Los documentos primitivos confirman el impacto transformador de estas prácticas. La *Didascalia* subraya cómo el culto, especialmente la Eucaristía, moldeaba el carácter de la comunidad, promoviendo virtudes como la humildad y el cuidado de los necesitados. Los *Cánones de Hipólito* enfatizan que no era la belleza del ritual lo que atraía conversos, sino los cambios visibles en quienes participaban en él.

71. En definitiva, el culto cristiano primitivo actuaba como crisol donde se forjaba un modo de ser distintivo. Estos encuentros fraternos con Dios y entre creyentes moldeaban vidas transformadas que brillaban como luz de esperanza en un mundo hambriento de autenticidad.

El catecumenado, puerta estrecha hacia el discipulado

72. En la Iglesia primitiva el catecumenado no era simplemente un período de instrucción, sino un camino exigente, la «puerta estrecha» (*Mt 7, 13*), a través del cual se forjaba la identidad cristiana. Este proceso, que podía extenderse durante años, ejemplificaba una «teología de la paciencia» que transformaba gradualmente el modo de pensar y vivir de los futuros cristianos.

73. La formación catecumenal reflejaba la convicción de que la auténtica conversión requiere tiempo y acompañamiento. Los catecúmenos no solo recibían instrucción doctrinal: debían mostrar una vida progresivamente transformada, reflejada en acciones concretas como el cuidado de pobres y enfermos. La *Tradición Apostólica* describe el riguroso discernimiento de este proceso, donde los padrinos se constituían en garantes de que, tanto las creencias como la conducta del candidato, se habían visto transformadas.

74. El proceso implicaba una ruptura radical con el pasado y la construcción paciente de una nueva identidad. Los catecúmenos no solo abandonaban prácticas incompatibles con la fe, como la idolatría o las profesiones violentas, sino que adoptaban gradualmente el *habitus* cristiano: desde gestos externos como la señal de la cruz, hasta compromisos profundos como la oración habitual y la generosidad para con los débiles. Esta lenta internalización de valores hacía del discipulado no era una mera adhesión intelectual, sino una fuerza vital que conformaba el pensar, sentir y actuar cotidianos.

75. La progresión del proceso resultaba paradójicamente atractiva: la exigencia de un cambio de vida verificable, más allá de la simple profesión de creencias, mostraba la seriedad del compromiso cristiano. El catecumenado se convertía así en el instrumento vivo que hacía posible esa transformación, atrayendo a nuevos buscadores que anhelaban una vida más plena.

5. UN NUEVO PARADIGMA: EL PODER DEL TESTIMONIO HUMILDE

76. En el contexto europeo el cristianismo ha dejado de ser la cosmovisión dominante que durante siglos configuró la cultura y la sociedad. Este proceso de distanciamiento, aunque se manifiesta con diferente intensidad y ritmo según regiones, es ya una realidad innegable en todo el continente. La nueva situación nos exige no solo abandonar esquemas pastorales heredados de otra época, sino asumir una profunda renovación en nuestra manera de ser y actuar como Iglesia. En este apartado identificamos algunas claves para esta necesaria transformación que nuestras comunidades deben asumir con serenidad y esperanza, sin nostalgias paralizantes ni temores infundados.

El testimonio comunitario, prioridad para nuestro tiempo

77. «La Buena Nueva debe ser proclamada en primer lugar, mediante el testimonio...este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz, de la Buena Nueva»¹⁴. El impacto social de la fe cristiana ha variado sustancialmente según los contextos históricos. Durante siglos, en una sociedad donde el cristianismo constituía la cosmovisión mayoritaria, la Iglesia conformaba la cultura «desde arriba» mediante una densa red de instituciones y relaciones sociales. En este marco el testimonio cristiano se entendía principalmente como una llamada individual a la santidad dentro de una amplia comunidad de bautizados con diversos grados de identificación religiosa. La

¹⁴ SAN PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* (8 de diciembre de 1975), 21.

distinción entre Iglesia y mundo se desdibujaba, pues la cultura general estaba impregnada por la tradición cristiana.

78. Hoy nos encontramos en una situación radicalmente distinta que exige repensar muchas cosas. La autenticidad del testimonio comunitario adquiere ahora una relevancia crucial: solo podemos transmitir lo que verdaderamente somos. Y este «ser» ya no puede entenderse principalmente en clave individual, sino también comunitaria. El desafío fundamental consiste en construir y sostener comunidades vivas que, nutridas por el Espíritu y la gracia sacramental, encarnen con coherencia la propuesta de Jesús en un entorno frecuentemente indiferente.

79. Esta prioridad del testimonio comunitario ilumina con nueva luz debates tradicionales, como la supuesta dicotomía entre «cristianos de presencia» y «cristianos de mediación». Tales discusiones surgieron en un contexto de cristiandad que suponía un marco cultural homogéneo, donde creyentes y no creyentes podían encontrarse en un proyecto humanista compartido. Ese marco se ha visto modificado profundamente. El horizonte moral se ha fragmentado y muchos consideran imposible o incluso indeseable perseguir consensos éticos universales. La nueva «fe» dominante, que identifica progreso con bienestar material y desarrollo tecnológico, cuenta con muchos seguidores, pero demuestra una y otra vez sus graves limitaciones para dar sentido y orientación a la vida de un número creciente de personas. Ello explica en parte el incremento de la ansiedad e infelicidad entre los jóvenes.

80. En este escenario, fortalecer la identidad de las comunidades creyentes no es una reacción defensiva, sino una necesidad vital para ofrecer un aporte significativo a la sociedad. La antigua disyuntiva entre una Iglesia autorreferencial y otra volcada en el

servicio resulta ahora simplista: sin comunidades que cultiven y transmitan vigorosamente la fe cualquier servicio al mundo resultará insostenible. El testimonio comunitario requiere primero «ser» para poder «hacer». Y en ese «ser» la referencia comunitaria es cada vez más importante.

81. El paradigma ha cambiado radicalmente: ya no se trata de orientar la sociedad desde una posición de influencia institucional, sino de construir y nutrir comunidades que reflejen visiblemente el ser de Cristo que sirve al mundo contribuyendo desde su comunidad al bien común social. Este enfoque «desde abajo» cuida la vida interna de la Iglesia no por afán de introversión, sino como condición necesaria para ofrecer un testimonio creíble y atractivo en medio del mundo.

Testigos desde la pequeñez

82. En su libro *Fe y futuro*, que recopila conferencias pronunciadas en la radio bávara en 1969, Joseph Ratzinger, entonces un teólogo de 42 años, ofrecía una perspectiva lúcida sobre el futuro de la Iglesia. Presentó su visión con la prudencia propia de quien sabe que los pronósticos frecuentemente yerran. Sin embargo, el tiempo no ha hecho sino confirmar la relevancia y el acierto de aquellas reflexiones e intuiciones para nuestra situación.

83. Ratzinger comienza advirtiendo contra una Iglesia que reduce su misión a la acción social y política. Para ilustrar los riesgos de adaptar excesivamente el mensaje cristiano a las corrientes dominantes de cada época recuerda el caso paradigmático del arzobispo Gobel de París. Este, proclamando actuar *por amor al pueblo y aceptando sus deseos*, abrazó el ateísmo de la revolución francesa, solo para terminar guillotinado por Robespierre acusa-

do de conspirar contra el culto deísta a la razón que el líder revolucionario quería imponer. La ironía de este desenlace ilustra los peligros de diluir la identidad cristiana buscando «moverse con los tiempos». *«No necesitamos una Iglesia que celebre el culto de la acción en ‘oraciones’ políticas. Es completamente superflua y por eso desaparecerá por sí misma. Permanecerá la Iglesia de Jesucristo, la Iglesia que cree en el Dios que se ha hecho ser humano y que nos promete la vida más allá de la muerte»*¹⁵.

84. La Iglesia con futuro no es la de los que critican o eligen el camino fácil: *«El futuro de la Iglesia puede venir y vendrá también hoy solo de la fuerza de quienes tienen raíces profundas y viven de la plenitud pura de su fe. El futuro no vendrá de quienes solo dan recetas. No vendrá de quienes solo se adaptan al instante actual. No vendrá de quienes solo critican a los demás y se toman a sí mismos como medida infalible. Tampoco vendrá de quienes eligen sólo el camino más cómodo, de quienes evitan la pasión de la fe, y declaran falso y superado, tiranía y legalismo, todo lo que es exigente para el ser humano, lo que le causa dolor, y le obliga a renunciar a sí mismo.... El futuro de la Iglesia, también en esta ocasión, como siempre, quedará marcado de nuevo con el sello de los santos... por quienes pueden ver más que los otros, porque su vida abarca espacios más amplios»*¹⁶.

85. Su descripción de los cambios venideros resulta particularmente penetrante. Con notable precisión Ratzinger anticipa una Iglesia más pequeña, pero más auténtica, que deberá redescubrir su esencia y aprender a existir sin los privilegios del pasado. Por su interés subrayamos en el siguiente texto algunas palabras clave: *«También en esta ocasión de la crisis de hoy surgirá*

¹⁵ RATZINGER, J., *Fe y futuro*, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2017, pp. 103-104.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 102-103.

*mañana una Iglesia que habrá perdido mucho. Se hará **pequeña**, tendrá que **empezar** todo desde el **principio**. Ya no podrá llenar muchos de los edificios construidos en una coyuntura más favorable. Perderá adeptos, y con ello muchos de sus **privilegios** en la sociedad. Se presentará, de un modo mucho más intenso que hasta ahora, como la **comunidad de la libre voluntad**, a la que solo se puede acceder a través de una decisión. Como pequeña comunidad, reclamará con mucha más fuerza la **iniciativa de cada uno de sus miembros**. Ciertamente conocerá también **nuevas formas ministeriales** y ordenará sacerdotes a cristianos probados que sigan ejerciendo su profesión... Junto a estas formas seguirá siendo **indispensable el sacerdote dedicado por entero al ejercicio del ministerio** como hasta ahora. Pero en estos cambios que se pueden suponer la Iglesia encontrará de nuevo y con toda la determinación lo que es **esencial para ella**, lo que siempre ha sido su centro: la **fe en el Dios trinitario**, en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho ser humano, la ayuda del Espíritu que durará hasta el fin. La Iglesia reconocerá de nuevo en la **fe y en la oración** su verdadero centro y experimentará nuevamente los **sacramentos** como celebración, y no como un problema de estructura litúrgica»¹⁷.*

86. Con realismo, Ratzinger no minimiza las dificultades de esta transformación: «Le resultará muy difícil. En efecto, el proceso de cristalización y la clarificación le costará también muchas fuerzas preciosas. La hará pobre, la convertirá en una Iglesia de los pequeños. El proceso resultará aún más difícil porque habrá que eliminar tanto la estrechez de miras sectaria, como la voluntariedad envalentonada. Se puede prever que todo esto requerirá tiempo. El proceso habrá de ser largo y laborioso... A mí me parece seguro que para la Iglesia le aguardan tiempos muy difíciles. Su auténtica crisis apenas ha comenzado todavía. Hay que contar con fuertes sacudi-

¹⁷ Ibid., pp. 104-105.

das. Pero también estoy totalmente seguro de lo que permanecerá hasta el final: no la Iglesia del culto político... sino la Iglesia de la fe»¹⁸.

87. Sin embargo, su visión culmina con una nota de esperanza: esta Iglesia renovada, precisamente por su autenticidad y profundidad espiritual, será capaz de ofrecer respuestas significativas a una humanidad marcada por la soledad y el vacío existencial. *«Pero tras la prueba de estas divisiones surgirá, de una Iglesia interiorizada y simplificada, una gran fuerza, porque los seres humanos serán indeciblemente solitarios en un mundo plenamente planificado. Experimentarán cuando Dios haya desaparecido totalmente para ellos su absoluta y horrible pobreza. Y entonces descubrirán la pequeña comunidad de los creyentes como algo totalmente nuevo para ellos. Como una esperanza importante para ellos, como una respuesta que siempre han buscado a tientas»*¹⁹.

88. La clarividencia de este análisis, realizado hace más de cinco décadas, resulta hoy asombrosa. Los cambios que Ratzinger anticipó están en pleno desarrollo, pero más significativa aún es su interpretación de estos cambios como una oportunidad de purificación eclesial. Lejos de limitarse a una crítica pesimista, su visión señala un camino de renovación centrado en lo esencial: una Iglesia que, aunque más pequeña, redescubre su vocación fundamental de proclamar a Cristo y su mensaje de vida eterna. Esta comunidad renovada no busca su fuerza en estructuras o actividades sociales, sino en la profundización de la fe, la vida de oración y la celebración auténtica de los sacramentos. Las pequeñas comunidades voluntarias que Ratzinger anticipó serían espacios donde las personas, en medio de la soledad y el vacío

¹⁸ Ibid., pp. 105-106.

¹⁹ Ibid.

existencial de un mundo tecnificado, encontrarían el sentido y la esperanza que brotan de una fe vivida con autenticidad. Su mensaje sigue siendo profundamente actual: la Iglesia del futuro no necesita adaptarse superficialmente a las modas culturales, sino mantener su identidad evangélica con fidelidad creativa, confiando en que precisamente esta autenticidad la convertirá en faro de esperanza para un mundo necesitado de trascendencia.

Testigos del amor de Dios que bendice y acoge

89. Dios ama al mundo tal como es, con todas sus contradicciones y heridas: sus guerras, luchas, mentiras y pretensiones desmedidas. Cristo se encarnó para salvar este mundo concreto, muriendo por él a pesar de la dureza del corazón humano. Como señala san Pablo: *«Apenas habrá quien muera por un justo; por una persona buena tal vez se atrevería alguien a morir; pues bien: Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros»* (Rom 5, 7-8).

90. La manifestación del amor divino se revela desde la creación hasta la encarnación. Si en la creación Dios se regocija en lo bueno, en la encarnación su amor abraza también la realidad del mal. Como dice Juan: *«Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo... Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él»* (Jn 3, 16-17). Este amor no exige conversión previa, sino que confía en que el encuentro con un amor así transformará los corazones: *«En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados»* (1 Jn 4, 10).

91. Este amor divino nos interpela a amar tanto a la Iglesia real, con todas sus debilidades y contradicciones, como al mun-

do real. Este ha de ser el objeto de nuestro amor, no las imágenes idealizadas que reflejan nuestras prioridades y anhelos. Solo podemos ayudar a sanar lo que verdaderamente amamos. Pero la Iglesia y el mundo concretos, siempre sorprendentes y a menudo desconcertantes, resultan difíciles de amar. Por eso necesitamos participar del amor de Dios reflejado en la mirada de Jesús que viene a este mundo para sanar y bendecir a débiles y pecadores.

92. Esta mirada de Cristo bendice incluso ante el rechazo, permaneciendo serena en medio de la tormenta, sin dejarse atrapar por la desilusión o la amargura. Nos invita a ser una Iglesia que discierne con corazón alegre y que, en medio de las turbulencias, no busca culpables ni se atrinchera, sino que vuelve constantemente sus ojos a Dios. La misma mirada que bendice también acoge la obra divina en los sencillos. Por eso, como nos recuerda Francisco, debemos ser: «*Una Iglesia de yugo suave (cf. Mt 11, 30), que no impone cargas y que repite a todos: venid todos los que estáis afligidos y agobiados, venid los que habéis extraviado el camino o que os sentís alejados, venid vosotros que le habéis cerrado la puerta a la esperanza, ¡la Iglesia está aquí para vosotros!*»²⁰

Testigos del poder de la cruz

93. En la historia de Jesús la cruz constituye el elemento central que conecta su vida con la resurrección, dando sentido a todo el misterio pascual. El Resucitado es antes el Crucificado. Esta realidad debe configurar el ser y el testimonio de la comunidad creyente.

²⁰ FRANCISCO, *Homilía en la Santa Misa en la apertura de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (4 de octubre de 2023).

94. La cruz no es un mero símbolo abstracto, sino una fuerza transformadora que modela virtudes específicas en la comunidad cristiana, especialmente significativas en un mundo dominado por el miedo, la coerción y la violencia. Al situar la cruz en el centro de nuestra mirada los cristianos desarrollamos un realismo peculiar: sabemos que la cruz y la resurrección son la palabra definitiva de Dios sobre la historia humana, y esto nos permite ver el mundo sin ilusiones ni autoengaños. La cruz desvela que el mundo opera bajo la ilusión del poder humano controlado por fuerzas que apenas comprendemos: poderes que surgen de nuestro miedo a la muerte y nuestro afán de dominio, que alimentan mentiras a base de titulares, que ofrecen seguridades falsas, que disfrazan intereses particulares pretendiendo buscar el «bien común». La meditación constante de la pasión nos capacita para identificar y resistir estas fuerzas, evitando que dominen nuestras vidas.

95. La cruz manifiesta a un Dios que, en lugar de responder con violencia, absorbe el mal y ofrece perdón. Esta revelación llama a la Iglesia a encarnar las mismas actitudes: abrazar la vulnerabilidad y confiar en el poder reconciliador del perdón. Así, la comunidad cristiana puede transformar el encuentro con «el otro» de amenaza potencial a oportunidad de enriquecimiento mutuo.

96. Una Iglesia marcada por la cruz desarrolla también una relación distintiva con el poder político: siguiendo a Cristo evita alinearse con los poderes mundanos y prioriza la fidelidad al Evangelio. La señal de la cruz, que expresa nuestra identificación con el Crucificado, marca un profundo contraste con las sociedades construidas sobre el miedo, el resentimiento y la autopreservación.

Testigos de la unidad del género humano

97. El mundo que la Iglesia debe amar se caracteriza por divisiones profundas que obstaculizan el diálogo y el respeto mutuo. Estas fracturas alimentan «lealtades estrechas» que generan miedo, violencia y conflictos entre grupos diversos. Tales divisiones son síntoma de lo que sucede cuando, alejados de Dios, buscamos seguridad en el poder, intentando promover a toda costa nuestros intereses particulares.

98. Esta fragmentación humana no necesita tanto explicación como reconocimiento: es la huella de un mundo caído que vive en las ambigüedades del pecado. No se supera mediante teorías abstractas sobre la verdad o propuestas morales genéricas, sino a través del testimonio vital de quienes piensan y actúan de modo distinto. La comunidad cristiana está llamada a ofrecer una aproximación radicalmente peculiar al conflicto encarnando una «comunidad» que brota de Cristo, quien perdona a sus enemigos y rechaza la violencia. El Dios trinitario nos muestra que la verdadera unidad no anula, sino que abraza la diversidad, invitándonos a reconocer la riqueza de la creación en sus múltiples expresiones: la belleza de sus mil colores, la fecundidad de los complementarios, la gracia de los matices intermedios. Por eso la Iglesia, tal y como la refleja el Vaticano II, «es en Cristo como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano»²¹.

99. La Iglesia católica es «unidad en la diversidad». La auténtica comunión eclesial crece asumiendo las tensiones, no añorando una armonía idealizada. Construirla presupone algunas actitudes que queremos destacar:

²¹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 1.

1. Celebrar la diversidad como riqueza católica. Somos una comunidad que, buscando ser fiel a la verdad, sabe que esa verdad tiene muchos matices, por lo que valoramos que en nuestro seno florezcan diferentes dones y sensibilidades. Nos hemos hecho aprendiendo de distintas personas y culturas. Ello nos ayuda a distinguir lo esencial de lo accesorio, combate nuestro orgullo y previene el sectarismo. La Iglesia transmite una tradición común, y la pluralidad interna de carismas, dones y sensibilidades es justamente parte de esta tradición que merece ser reconocida y celebrada.
2. No magnificar los conflictos. Mantener la unidad interna es un desafío particularmente complejo en una Iglesia global. Las diferencias en subrayados legítimos o producto de determinadas visiones pueden degenerar en confrontaciones donde la caridad se pierde y cada parte se considera poseedora exclusiva de la verdad. Debemos cuidar especialmente nuestro lenguaje en declaraciones públicas y redes sociales, pero también nuestras actitudes en los diálogos eclesiales internos.
3. Orar insistentemente pidiendo la unidad. La comunión eclesial no resulta solo de esfuerzos humanos sino de la acción y el don divinos. Rechazar o menospreciar al otro revela debilidad en la fe propia, pues la llamada de Dios a la comunión es firme y consistente. La unidad surge de reconocer que la fe compartida es mayor que nuestras divisiones. Pero es necesario pedirla con insistencia al Padre, tal y como lo hizo el mismo Cristo (cfr. *Jn* 17, 21).
4. Practicar la hospitalidad. La comunión, además de ser exigencia interna, se extiende como acogida y hospitalidad hacia el débil, extranjero y diferente. Frente al miedo de-

fensivo del mundo, la Iglesia abre sus puertas a los grupos marginados, así como a otras culturas y tradiciones, reconociendo en cada persona la misma dignidad de hija e hijo de Dios.

100. La Iglesia refleja a menudo muchas de las fracturas sociales de su entorno. Pero cuando se esfuerza por vivir la comunión se convierte en signo de unidad e inspiración para superar las divisiones. No es tarea fácil, ni esperamos reconocimiento por lo que con la ayuda de Dios podamos ir logrando, pero esa es la voluntad del Señor. Trabajar por construir fraternidad universal requiere, sin embargo, comenzar por nuestra casa construyendo en ella relaciones internas basadas en la justicia. Solo así mostraremos que la fe tiene el poder de inspirar y sostener un mundo diferente, no condenado a desangrarse en perpetuas divisiones y conflictos.

Testigos de la alegría

101. El papa Francisco, en *Evangelii gaudium*, presenta la alegría como rasgo distintivo e irrenunciable de la experiencia cristiana. Esta alegría, presente desde los inicios de la fe, no es superficial ni pasajera: no hablamos de sonrisas ni de meras emociones, sino de una disposición profunda que configura el talante fundamental de la vida creyente.

102. Su fuente es la experiencia del amor incondicional de Dios hacia cada persona y hacia toda la familia humana. Este amor, revelado y encarnado en Cristo, libera de la tristeza y el vacío interior, llenando la vida de sentido y propósito. Cuando el creyente descubre la fuerza y profundidad de este amor se enciende en su corazón un gozo que ninguna circunstancia adversa puede extinguir.

103. Esta alegría, nacida del encuentro transformador con Cristo, pide ser compartida y por eso se convierte naturalmente en impulso misionero. En palabras de Benedicto XVI, «*hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe*»²². La alegría de evangelizar persiste incluso en medio del sufrimiento y las lágrimas, en medio de los análisis pesimistas, porque brota de una experiencia profunda y no depende de las circunstancias externas.

104. La alegría cristiana se alimenta y expresa en elementos fundamentales de la vida eclesial: la liturgia, la caridad y la experiencia comunitaria. Aquí la Eucaristía, que según Francisco «*no es el premio de los santos, ¡no! Es el Pan de los pecadores*»²³, ocupa un lugar especial. Aquí se expresa una convicción central en el pontificado de Francisco: la Iglesia debe estar abierta a todos. Las puertas de los sacramentos, especialmente del bautismo, la entrada a la vida de cristiana, no deben cerrarse por razones arbitrarias. La Iglesia está llamada a ser facilitadora de la gracia, no juez; debe acoger y escuchar con empatía, especialmente a quienes llegan heridos por experiencias dolorosas.

105. Nuestro desafío es recuperar esa alegría, no dejándonos ganar por quienes mantienen expectativas poco realistas o sencillamente erróneas de lo que la Iglesia debería hacer o no hacer, alimentando así diagnósticos desalentadores. En palabras de san Pablo, «*Alegraos siempre en el Señor; os lo repito alegraos*» (*Flp* 4, 4). Solo así lograremos que más personas descubran esa fuente inagotable de paz y alegría que es Cristo.

²² BENEDICTO XVI, Carta apostólica *Porta fidei* (11 de octubre de 2011).

²³ FRANCISCO, *Ángelus* (6 de junio de 2021).

6. VINO NUEVO EN ODRES NUEVOS: LAS NOTAS DE UNA IGLESIA RENOVADA

106. El testimonio cristiano en nuestro tiempo ha de ir de la mano de una profunda renovación de la Iglesia. No basta solo con constatar que el régimen de cristiandad es historia, ni de adaptarnos superficialmente a un contexto nuevo. El desafío es más radical: revivir la frescura original del Evangelio para ofrecer al mundo una propuesta que, siendo mansa, mantenga toda la fuerza transformadora de Cristo.

107. Esta renovación eclesial comienza en cada creyente y se expande hacia toda la comunidad. A nivel personal necesitamos repensar nuestras actitudes y comportamientos: el modo de relacionarnos con Dios y con los otros, la manera de afrontar los conflictos, nuestra forma de testimoniar la fe en la vida cotidiana. Como comunidad debemos volver a lo esencial, fortaleciendo una identidad evangélica que brille, no por el poder o la influencia, sino por la autenticidad del testimonio transmitido.

108. Las notas que siguen quieren ser una invitación a una conversión personal y misionera, una conversión integral. Cada aspecto de la renovación eclesial que presentamos pide una doble lectura: ¿qué significa este cambio para mi vida personal? ¿Cómo puedo contribuir, desde mi realidad concreta, a una Iglesia más auténtica y evangélica? Confiamos en que una comunidad así renovada, aunque pequeña y aparentemente frágil, puede ser signo eficaz del reino de Dios.

Iglesia que vive en la confianza

109. Somos la comunidad del Resucitado, y el camino hacia la resurrección pasa por la cruz. Esta verdad marca nuestra

identidad y forma de estar en el mundo. No buscamos aplausos ni éxitos visibles. El Señor nos invita a testimoniar con nuestra vida que es posible confiar incluso en medio de dudas y desconcierto.

110. Las dificultades no deben paralizarnos. Son oportunidades para crecer y fortalecer nuestra fe. ¿Cómo podría el discípulo esperar un camino diferente al del Maestro, quien nos mostró el valor de abrazar la cruz con esperanza? La cruz no es un obstáculo, sino el corazón de nuestra vida cristiana. En lugar de lamentos sobre la situación de la Iglesia o del mundo deseamos mirar con confianza a Aquel que ha vencido a la muerte, caminando con alegría y certeza en su victoria²⁴.

111. Tenemos motivos para confiar. No en nuestras fuerzas o planes, sino en la fidelidad de Dios que no abandona a su pueblo. El mismo Señor que transformó el fracaso aparente del Calvario en la victoria de la Pascua sigue actuando hoy. Como nos recuerda el papa Francisco no somos huérfanos perdidos en la historia, sino hijos amados que caminan con la certeza de que el Espíritu Santo guía a su Iglesia²⁵. Vivamos, pues, con una mente abierta y un corazón confiado.

112. Esta confianza no es ingenuidad ni optimismo superficial. Es la convicción profunda de que Dios cumple sus promesas, aunque no siempre del modo que esperamos. En medio de los desafíos actuales la comunidad de Jesús irradia esperanza, no desde la seguridad de quien todo lo tiene resuelto, sino desde la

²⁴ *Vietato lamentarsi* (cartel del Papa Francisco en la entrada de su apartamento); *El «prohibido quejarse» del Papa Francisco*, en *Revista Alfa y Omega*, 20 de julio de 2017, 3.

²⁵ FRANCISCO, *Homilía durante la Santa Misa*, Casa Santa Marta (22 de mayo de 2017).

paz de quienes saben que la historia humana, caminando entre tensiones y dificultades, avanza hacia ese día en que finalmente Dios será todo en todos (1 Cor 15, 28).

Iglesia que cultiva la experiencia de la fe

113. La evangelización auténtica brota de una fe viva y experimentada. Nadie puede dar lo que no tiene, y por ello el cultivo de la experiencia de la fe es condición indispensable para cualquier renovación eclesial. Como decía santa Teresa, *en tiempos recios, amigos fuertes de Dios*²⁶. Esta expresión cobra especial relevancia en nuestro contexto actual.

114. Vivimos tiempos de profundos cambios donde ser cristiano requiere una opción personal sostenida frente a múltiples fuerzas capaces de debilitarla o relativizarla. Esta realidad exige creyentes que sean verdaderamente *amigos fuertes de Dios*, hombres y mujeres del Espíritu cuya fe se nutre de una profunda vida interior.

115. La renovación que necesitamos comienza en el corazón de cada creyente. Solo una conversión real, alimentada por la amistad con Dios y cultivada en la oración personal y comunitaria, puede sustentar cualquier tipo de renovación eclesial. Los espacios de silencio y oración, la participación en retiros y ejercicios espirituales, el acompañamiento espiritual, son medios que ayudan a profundizar esta experiencia vital de la fe.

116. En una cultura marcada por el activismo y la búsqueda de entretenimiento superficial, el testimonio de una fe profundamente vivida resulta especialmente significativo. No se trata solo de hacer cosas, sino de dejar que Dios se vaya haciendo

²⁶ Cfr. SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, 15, 5, en *Obras completas*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2017.

fuerte en nuestras vidas. Esta transformación personal es el fundamento de toda evangelización auténtica: la fuente de un deseo de transmitir esa fe que brota espontáneamente de un encuentro con Cristo que sea auténtico.

117. La experiencia de fe que cultivamos personalmente encuentra su expresión plena en la celebración comunitaria de la liturgia, de la oración compartida, en la escucha de la Palabra y el discernimiento comunitario, experiencias donde la fe personal se enriquece y fortalece en el encuentro con los hermanos. Así, la experiencia de fe se convierte en fuente de renovación tanto personal como eclesial.

Iglesia que genera confianza

118. La credibilidad es uno de nuestros mayores desafíos. En muchos ambientes la institución eclesial genera más recelos que confianza. Esta situación tiene raíces complejas: el peso histórico de una Iglesia que durante siglos ha conformado el pensamiento y la cultura, crisis dolorosas como la de los abusos a menores y a personas vulnerables que han dañado nuestra credibilidad y una presencia pública que algunos perciben como excesiva y consideran resultado de una posición histórica dominante.

119. La tensión entre el Evangelio y el mundo es inevitable, pero sería un error atribuir todo este distanciamiento a la hostilidad secular. Como señala el papa Francisco debemos examinar con honestidad nuestras propias inconsistencias: *«reconozcamos que, a veces, nuestro modo de presentar las convicciones cristianas y la forma de tratar a las personas han ayudado a provocar lo que hoy lamentamos»*²⁷.

²⁷ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Amoris laetitia* (19 de marzo de 2016), 36.

120. La fe y el mensaje cristiano son contraculturales en muchos aspectos, pero esto no nos libera de la necesidad de cuidar nuestro lenguaje y modos de actuación.

121. El Evangelio nos llama a vivir en la verdad, y esta exigencia se aplica ante todo a la propia Iglesia. Como nos recuerda la *Carta a Diogneto*, los primeros cristianos no se distinguían por su poder, sino por *dar muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble*. Su credibilidad nacía de la coherencia entre su mensaje y su modo de vivir, dando razón de su esperanza, sí, «pero con dulzura y respeto» (1 Pe 3, 16).

122. Necesitamos recuperar esa coherencia. No se trata de buscar la perfección imposible, sino de caminar en una mayor autenticidad evangélica. Seremos dignos de confianza no por nuestra impecabilidad, sino por la autenticidad de nuestros mensajes y la verdad de nuestro compromiso con los pobres.

123. La confianza no se exige ni se impone: se gana día a día con un testimonio coherente y una vida comunitaria que refleje genuinamente el amor de Cristo. En este aspecto, una buena comunicación de lo que somos y hacemos es también importante.

Iglesia que camina en humildad

124. La humildad es la condición que hace posible todas las demás virtudes. Como lo manifestaba proféticamente Ratzinger, la renovación eclesial «no vendrá de aquellos que solo dan recetas... no vendrá de aquellos que se aceptan a sí mismos como norma infalible»²⁸. La arrogancia, sutil o manifiesta, es una tentación para la comunidad de fe que quiere defender la verdad.

²⁸ RATZINGER, J., *Fe y futuro*, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2017, p. 102-103.

125. La humildad es, ante todo, libertad: libertad para poder caminar en la verdad; libertad para reconocer errores sin sentirnos amenazados; libertad para admitir que el camino de conversión es largo y que no avanzaremos sin pedir con insistencia la ayuda de la gracia; libertad para no aparentar una perfección que no poseemos; libertad para el diálogo con el mundo, con mayor capacidad de escuchar y aprender. Como señala el papa Francisco, una Iglesia que reconoce sus heridas está más cerca del Evangelio que aquella que se esconde tras una imagen idealizada²⁹.

126. La *Carta a Diogneto* describe a los cristianos como personas que *son pobres y enriquecen a muchos; carecen de todo y abundan en todo. Sufren la deshonra y esto les sirve de gloria*. Esta paradoja sigue siendo actual: solo una Iglesia que acepta su pequeñez y contradicciones puede ser verdaderamente signo del Reino.

127. La historia nos enseña que cuando la Iglesia se siente fuerte y autosuficiente tiende a alejarse de su Señor y del mundo. Por el contrario, en los momentos de aparente debilidad, cuando abraza con humildad su condición sufriente, brilla con más fuerza el corazón del Evangelio. Porque «*cuando soy débil, entonces soy fuerte*» (2 Cor 12, 10). No temamos sentirnos pequeños, porque es entonces cuando el Señor puede hacer cosas grandes con nosotros³⁰.

Iglesia que busca su orientación en la Palabra

128. La vida cristiana se fundamenta en la escucha atenta de la Palabra de Dios. Como afirmaba san Jerónimo, *ignorar las*

²⁹ FRANCISCO, Reflexión en la *Vigilia penitencial* con motivo de la *XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos* (1 de octubre de 2024).

³⁰ Cfr. Salmo 125.

Escrituras es ignorar a Cristo. En la Palabra encontramos no solo el rostro divino revelado en Jesús, sino también la medida de nuestra propia existencia y el camino hacia la santidad que Dios nos propone a cada uno. Las comunidades cristianas contrastan constantemente su vida con la Palabra, encontrando en ella luz para el discernimiento y guía en sus decisiones. No es una referencia más entre otras, sino la orientación primaria que ilumina todo nuestro caminar como Iglesia.

129. La renovación eclesial que necesitamos pasa necesariamente por redescubrir la centralidad de la Palabra de Dios. Esto implica fortalecer la animación bíblica de toda la pastoral, dar mayor relevancia a la liturgia de la Palabra en nuestras celebraciones eucarísticas y promover el acceso a los textos sagrados a través de diversos medios, incluyendo las nuevas tecnologías. El objetivo es que cada creyente pueda encontrar en la Palabra de Dios el alimento cotidiano para su vida espiritual y la comunidad eclesial la luz que oriente su misión en el mundo. Este acercamiento a la Escritura no debe reducirse a un estudio académico. Necesitamos entrar en diálogo vital con la Palabra viva que, si es auténtico, nos debe interpelar. Los grupos bíblicos, la *lectio divina* compartida y los momentos de oración con la Palabra son espacios privilegiados donde la comunidad aprende a escuchar lo que el Espíritu dice hoy a las Iglesias. En un mundo saturado de palabras vacías y mensajes efímeros la Palabra de Dios ofrece un fundamento sólido para construir vida personal y comunitaria. Su escucha atenta y orante nos ayuda a discernir los signos de los tiempos y a responder con fidelidad creativa a los desafíos que enfrentamos como Iglesia. Solo una comunidad que se deja moldear y orientar constantemente por la Palabra puede ofrecer un testimonio convincente del Evangelio en medio del mundo.

Iglesia que se alimenta de la Eucaristía

130. La espiritualidad no es un añadido opcional: es el núcleo vital de nuestra fe. En un mundo marcado por el activismo y la dispersión necesitamos anclar nuestra vida en lo esencial. La oración diaria, aunque sea breve, nos mantiene conectados con nuestra identidad cristiana. Pero es en la Eucaristía dominical donde nuestra vida espiritual alcanza su expresión más plena y transformadora.

131. Muchos creyentes, absorbidos por múltiples actividades, no valoran suficientemente la centralidad de la Eucaristía dominical. Como nos recuerda el papa Francisco «*la Eucaristía no es un premio para los perfectos sino un generoso remedio y alimento para los débiles*»³¹. Pero es un alimento necesario para nuestro camino, un modo concreto e irrenunciable de alimentar nuestra unión con Cristo y nuestros vínculos comunitarios, una expresión de esa fe que es compartida y necesita del encuentro habitual, físico, con quienes creemos y nos sentimos unidos.

132. La Eucaristía dominical no es una mera obligación ritual: es el modo privilegiado de construir comunidad, alimentar nuestra fe y mantener la fuerza de la caridad: «*Una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viceversa –como hemos de considerar más detalladamente aún–, el “mandamiento” del amor es posible solo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser “mandado” porque antes es dado*»³². Allí escuchamos juntos la Palabra, compartimos el pan que nos hace uno en Cristo y fortalecemos los vínculos que nos

³¹ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 47.

³² BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est* (25 de diciembre de 2005), 14.

sostienen. Como nos muestra la historia de los primeros cristianos el culto comunitario era el «núcleo energizante» de su vida común, el espacio donde se forjaba ese *habitus* distintivo que los hacía diferentes y reconocibles.

133. Ciertamente, las capacidades del presbítero, el cuidado en la celebración y la belleza de la liturgia contribuyen a una experiencia más plena del misterio eucarístico. Ello, sin embargo, no puede hacer que olvidemos lo esencial: el centro de la Eucaristía es la presencia sacramental real, concreta y viva de Cristo que llega a su comunidad de un modo único e insustituible. Y sí, hace falta fe para creer esto. Cuando nos reunimos en torno a la mesa del Señor confesamos que Cristo mismo es el alimento necesario para nuestra vida. No son nuestros programas o recursos los que sostienen a la Iglesia, sino la presencia viva del Resucitado en la mesa compartida.

134. Como señalaba Ratzinger, la Iglesia del futuro «encontrará de nuevo... lo que es esencial para ella: la fe en el Dios trinitario, en Jesucristo... reconocerá en la fe y en la oración su verdadero centro y volverá a experimentar los sacramentos como celebración»³³. Renovemos nuestro compromiso con la Eucaristía dominical. Animemos a las hermanas y hermanos a participar en ella. Ahí encontraremos la luz y el alimento necesarios para ser testigos creíbles del Evangelio. Pero para conseguirlo debemos recuperar la fe en la presencia real e insustituible de Cristo en la celebración eucarística.

Iglesia que resiste a la mundanidad

135. Queremos servir al mundo sin ser del mundo (cfr. *Jn* 15, 19; 17, 16). Esta distinción marca la diferencia entre una

³³ RATZINGER, J., *Fe y futuro*, Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao, 2017, p. 105.

Iglesia fiel a su identidad y otra que, en su afán por agradar, pierde su capacidad de ser significativa. No podemos mimetizarnos con el entorno, como un camaleón que se confunde con la pared. La tentación de diluir nuestra identidad para «encajar mejor» siempre está ahí, porque buscamos ser reconocidos y apreciados.

136. La mundanidad espiritual tiene múltiples rostros: un cristianismo que evita la cruz, una fe «a la carta» donde cada uno elige lo que le parece, una espiritualidad de «grupos estufa» donde me encuentro más seguro y cómodo, sin arriesgar, un quedarme con lo que no genera extrañeza o rechazo; en definitiva, una fe que se deja atrapar por lo que el mundo valora y reconoce. Como advierte el papa Francisco *si no damos la gloria a Dios, nos la terminamos dando unos a otros*³⁴.

137. El Evangelio es nuestro único tesoro y en él se nos predica a Cristo crucificado, «escándalo para los judíos, necedad para los gentiles» (1 Cor 1, 23). Esta tensión no cambiará. Intentar suavizar el mensaje para hacerlo más «aceptable» es un camino sin salida ya que perderemos nuestra identidad sin ganar la aceptación que buscamos.

138. La mundanidad es más profunda que la mera superficialidad. Es una dinámica que adopta múltiples formas, adaptándose a cada tiempo, pero manteniendo su esencia; se podría definir como una propuesta de vida que adormece la radicalidad del Evangelio. San Pablo nos advierte que no actuemos «como los que no tienen esperanza» (1 Tes 4, 13), adaptando nuestra fe a lo que el mundo quiere oír.

³⁴ Cfr. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 93.

139. El antídoto es siempre volver a lo esencial: la centralidad de Cristo crucificado y resucitado. Una Iglesia arraigada en esta verdad puede resistir la tentación de diluirse en la cultura dominante. No necesitamos ser populares, sino fieles. Y es esa fidelidad, vivida con autenticidad y amor, la que hace nuestro testimonio significativo en un mundo que necesita oír hablar de Dios.

Iglesia que supera el acomplejamiento

140. El reto actual de la Iglesia en Europa no es solo la secularización. Existe un desafío más sutil y preocupante: la timidez y el complejo de muchos cristianos que, manteniendo su fe, parecen avergonzados de expresarla. Como si tuviéramos que pedir perdón por existir o justificarnos ante la mirada escéptica y a veces despreciativa de la sociedad.

141. No se trata de juzgar a nadie, ni de situarnos por encima de otros. La arrogancia nunca ha sido una buena compañera del Evangelio. Pero tampoco podemos caer en una falsa humildad que nos lleve a esconder nuestra identidad cristiana. Como aquellos primeros cristianos que describe la *Carta a Diogneto* podemos vivir nuestra fe con una seguridad serena, sin estridencias, pero también sin complejos.

142. El mensaje de Cristo es una propuesta valiosa y necesaria para la humanidad. No es una reliquia del pasado sino un tesoro vivo que abre caminos de futuro. En un mundo marcado por el individualismo y la fragmentación el Evangelio ofrece una visión que integra el desarrollo personal con el bien común, el progreso material con la profundidad espiritual, la libertad individual con la responsabilidad compartida.

143. La propuesta cristiana con su defensa de la dignidad humana, su visión de una comunidad basada en el amor y el

servicio y su horizonte de esperanza trascendente, sigue siendo el fundamento sólido para construir una sociedad más justa y fraterna. Tenemos motivos para sentirnos orgullosos, en el mejor sentido de la palabra, de nuestra fe. Y no por méritos propios, sino más bien, a pesar de nuestras inconsecuencias, por la grandeza del don recibido.

144. Es hora de superar los complejos y asumir con naturalidad nuestra identidad cristiana. No para imponerla a nadie, sino para compartirla como lo que es: un don que hemos recibido y que queremos ofrecer a quienes buscan un sentido más profundo para sus vidas.

Iglesia que asume y desarrolla su dimensión sinodal

145. La sinodalidad no es una moda ni una novedad organizativa, sino un modo específico de ser y actuar de la Iglesia que expresa nuestra naturaleza más profunda como pueblo de Dios que camina en comunión, reflejando esa unidad en la diversidad a la que el Señor nos convoca. No es algo nuevo, sino una dimensión constitutiva que necesitamos desarrollar en un contexto social y cultural específico.

146. Este caminar juntos implica el reconocimiento activo de la dignidad que brota del bautismo en todos los miembros de la Iglesia. No hay cristianos de primera y de segunda: cada bautizado contribuye según sus dones y carismas específicos al desarrollo de la misión común. La corresponsabilidad diferenciada de todos los fieles no es una concesión, sino una exigencia que nace de nuestro ser creyente.

147. Una Iglesia sinodal escucha antes de hablar, dialoga en vez de imponer y, sin renunciar a su identidad y credo específicos, discierne en comunidad los caminos del Espíritu. Esta escucha

y diálogo no debilitan la autoridad ni la comunión eclesial, sino que las fortalecen al permitir que se expresen de modo más evangélico y fructífero. La sinodalidad no cuestiona el ministerio ordenado, sino que lo resitúa más allá del clericalismo, afirmándolo como un don del Señor para su Iglesia y un servicio necesario que se armoniza naturalmente con la corresponsabilidad de todos los bautizados. La práctica humilde y auténtica de la sinodalidad convierte a la Iglesia en una voz profética para nuestro tiempo.

148. *«Vivimos en una época marcada por el aumento de las desigualdades, la creciente desilusión con los modelos tradicionales de gobierno, el desencanto con el funcionamiento de la democracia, las crecientes tendencias autocráticas y dictatoriales, el dominio del modelo de mercado sin tener en cuenta la vulnerabilidad de las personas y la creación, y la tentación de resolver los conflictos por la fuerza en lugar del diálogo»³⁵.*

149. En un mundo así el estilo sinodal ofrece un testimonio alternativo. Frente a la tentación de resolver conflictos por la fuerza, la sinodalidad desarrolla una cultura del diálogo y el discernimiento compartido que puede inspirar respuestas nuevas a los desafíos contemporáneos.

150. La escucha paciente, la comunicación interna y el cuidado mutuo son pilares fundamentales de este modo de ser la comunidad de Cristo. Necesitamos crear y sostener espacios donde todas las voces puedan ser escuchadas, donde el «sensus fidei» del pueblo creyente pueda manifestarse, donde la acción de «*un mismo Dios que obra todo en todos*» (1 Cor 12, 6) ilumine nuestro camino común.

³⁵ FRANCISCO - XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión* (24 de noviembre de 2024), 47.

151. El desarrollo de la dimensión sinodal representa un aspecto esencial de la renovación eclesial a la que hoy nos llama el Señor. No se trata de adaptarnos a demandas externas, sino de ser más fieles a nuestra propia naturaleza como Iglesia, superando prácticas arbitrarias y reconociendo la presencia del Espíritu en cada bautizado y bautizada. Este testimonio de comunión en la diversidad puede convertirse en un signo de esperanza para sociedades que buscan formas más inclusivas y participativas de construir el bien común.

Iglesia que construye fraternidad desde los márgenes

152. La dignidad humana es un valor absoluto. No todos nacemos con las mismas posibilidades y recursos para que sea respetada y promovida. Como comunidad cristiana, nuestra preocupación debe centrarse menos en defender nuestros propios derechos y más en asegurar que todas las personas, especialmente las más vulnerables, tengan las condiciones necesarias para florecer y desarrollarse en plenitud.

153. Esta preocupación no es accidental en la vida cristiana, sino que refleja el corazón mismo de Dios que muestra una peculiar solicitud por los abandonados y oprimidos. No es casualidad que Jesús proclame bienaventurados a los que tienen hambre y sed de justicia (cfr. *Mt* 5, 6). La promesa de que quedarán saciados nos compromete a trabajar activamente, haciendo nuestra la causa de quienes sufren carencias.

154. La comunidad de Jesús no puede ignorar el mandato evangélico de atender a los hambrientos, acoger a los forasteros, vestir a los desnudos, visitar a los enfermos y acompañar a los presos (cfr. *Mt* 25, 31-46). No son acciones complementarias o convenientes, sino una dimensión esencial que, cuando existe, refleja la autenticidad de nuestra fe y, cuando falta, la cuestiona. Esta exi-

gencia ética y espiritual nos llama a escuchar y responder al dolor de los más vulnerables, no solo mediante acciones inmediatas, sino como parte de una necesaria conversión personal y comunitaria.

155. La «opción preferencial por los pobres» no es una moda pasajera ni una estrategia pastoral, sino una exigencia que brota de la fe en Cristo. Benedicto XVI lo expresa de este modo: *«La opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza»*³⁶.

156. Transformar nuestras comunidades en espacios de acogida significa ir más allá de las palabras para convertir la fraternidad en práctica diaria. Implica crear espacios dignos donde todos sean escuchados y valorados, fomentar relaciones de solidaridad que superen el individualismo y promover activamente la inclusión de los marginados. La fraternidad no puede quedarse en un ideal abstracto, sino que debe manifestarse como una convicción central que moldea nuestra vida cotidiana. Dios, ha dicho el papa Francisco, no es un «espray», no es una idea que flota en el aire³⁷. Dios es amor concreto y personal.

157. Por ello, nuestro compromiso con los desfavorecidos debe traducirse en acciones igualmente concretas: programas de atención a necesidades básicas, iniciativas de promoción social, proyectos que generen oportunidades de desarrollo. Como señala el papa Francisco, *«la necesidad de resolver las causas estructurales de la pobreza no puede esperar, no sólo por una exigencia pragmática de obtener resultados y de ordenar la sociedad, sino para sanarla de*

³⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso inaugural de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en el Santuario de la «Aparecida»* (13 de mayo de 2007).

³⁷ FRANCISCO, *Homilía durante la Santa Misa, Casa Santa Marta* (9 de octubre de 2014).

una enfermedad que la vuelve frágil e indigna»³⁸. Pero más allá de las acciones puntuales necesitamos cultivar una sensibilidad permanente que nos permita ver en cada persona necesitada el rostro mismo de Cristo que nos interpela y nos llama a la conversión. Solo así podremos crear alternativas, pequeñas pero significativas, que den esperanza a quienes se sienten solos y abandonados.

Iglesia con un laicado que evangeliza

158. La transmisión de la fe no puede dejarse a las estructuras institucionales. Cuando los cristianos descubren el valor de la fe en sus vidas surge naturalmente el deseo de compartir esa experiencia. La parroquia seguirá siendo un punto de referencia y los procesos de iniciación cristiana mantendrán su importancia, pero ninguna estructura puede reemplazar el poder del testimonio personal y la invitación directa de los laicos en sus ambientes.

159. Los sacerdotes y diáconos, así como quienes ejercen ministerios laicales realizan una labor insustituible, pero su alcance tiene límites naturales: principalmente llegan a quienes ya participan en la comunidad o buscan activamente tomar contacto con ella. Hoy la mayoría de las personas vive alejada de las estructuras eclesiales. Sin embargo, muchas de ellas mantienen relaciones cotidianas con cristianos y cristianas laicos en sus trabajos, barrios y círculos sociales.

160. Como refleja la historia de los primeros cristianos la fe creció mediante conversiones graduales resultado de la comunicación de experiencias en redes familiares y de amistad. Este modo de «contagio» sigue siendo el más eficaz. Los laicos, inmersos en la vida secular, tienen oportunidades únicas para acompañar a perso-

³⁸ FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013), 202.

nas en momentos de crisis, de búsqueda o necesitadas de apoyo y orientación. Una palabra oportuna, un testimonio coherente, una invitación sincera puede abrir corazones a la experiencia de la fe.

161. Esta evangelización laical no requiere estrategias complejas ni formación especializada. Se trata simplemente de compartir con naturalidad y alegría lo que da sentido a nuestras vidas. Los momentos de vulnerabilidad y búsqueda son ocasiones privilegiadas donde una propuesta de esperanza, hecha desde la cercanía y el afecto respetuoso, puede encontrar terreno fértil.

162. El futuro de la evangelización pasa por redescubrir esta vocación misionera del laicado. No como una tarea más, sino como una dimensión natural de la identidad cristiana vivida en medio del mundo.

Iglesia que prioriza el primer anuncio

163. La evangelización constituye la vocación esencial de la Iglesia. En un contexto de creciente secularización necesitamos redescubrir la centralidad del primer anuncio como motor de toda renovación eclesial. Llegar a quienes no han conocido la fe o la han perdido no es una tarea más, sino un elemento fundamental de nuestro afán pastoral.

164. Esta prioridad exige una profunda conversión. Actuamos como si la gente llegara a nuestras convocatorias y grupos de iniciación cristiana con una clara opción de fe o una mínima experiencia de encuentro con Jesús. Pero eso ya no está asegurado, incluso entre quienes han recibido los sacramentos. La sociedad se organiza y vive como si Dios no existiera. Por eso, necesitamos una estrategia de primer anuncio bien pensada y consistente, que comience proclamando que Dios existe y que, si le dejamos entrar en nuestra vida, va a poder transformarla.

165. El núcleo de este anuncio es una proclamación gozosa: *«Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte»*³⁹. Cuando este mensaje se torna experiencia tiene el poder de encender el deseo de Dios en quienes lo escuchan.

166. Para que este anuncio arraigue necesitamos desarrollar una «cultura de la invitación y la acogida» creando espacios donde las personas experimenten la calidez de la comunidad cristiana. La Iglesia debe mostrarse como una familia cercana que vive algo extraordinario. Esta pedagogía paciente, que respeta los ritmos personales, refleja el modo de actuar de Dios, que invita sin imponer.

167. San Pablo nos interpela: *«¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído?; ¿cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar?; ¿cómo oirán hablar de él sin nadie que anuncie?»* (Rom 10, 14). Los agentes de este anuncio son las personas y grupos cristianos que han experimentado el encuentro con el amor transformador de Cristo y quieren que llegue a nueva gente. No requieren una preparación académica exhaustiva, sino la convicción contagiosa de quien ha encontrado algo que da sentido a su vida.

168. Esta prioridad debe reflejarse en la distribución de recursos humanos y materiales. Nuestras Iglesias diocesanas necesitan impulsar iniciativas específicas que faciliten el encuentro con Cristo. El catecumenado y la formación sistemática vendrán después para desarrollar un estilo de vida cristiano arraigado y coherente. La experiencia muestra que los grupos y comunidades que priorizan comunicar su fe recuperan la alegría del Evangelio y atraen naturalmente a otros.

³⁹ Ibid., 164.

169. El primer anuncio, vivido con autenticidad, genera un círculo virtuoso: quienes experimentan el amor de Dios desean profundizar en la fe y compartirla. Así, la Iglesia recupera su dinamismo misionero original y se convierte en signo creíble del Reino, en sacramento de salvación para el mundo actual.

Iglesia que anima a vivir y a transmitir la fe en la familia

170. No existe la neutralidad en la educación familiar. Los padres transmiten inevitablemente aquello que valoran, desde la importancia del estudio hasta las pasiones deportivas, desde el sentido de la responsabilidad hasta el modo de gestionar los afectos y las frustraciones. Esta realidad se aplica también a la dimensión religiosa de la vida.

171. En la familia se hace la persona y se nace a la fe con naturalidad. La familia es el espacio privilegiado donde se cultivan las virtudes esenciales: la paciencia, la esperanza, la confianza en Dios y en los demás. Los padres y madres creyentes pueden iniciar a sus hijos en la experiencia de la fe, no como imposición externa, sino como dimensión natural de la vida familiar. La oración compartida, las conversaciones respaldadas por prácticas consistentes que reflejan una cosmovisión evangélica, la asistencia a la Eucaristía dominical son elementos que van conformando una identidad cristiana desde la infancia.

172. Sería un error posponer la formación espiritual bajo el pretexto de una futura «libre elección» en materia religiosa. La fe se transmite en las relaciones cercanas, y ninguna es más cercana que la familiar. Esta transmisión se fortalece cuando la familia está integrada en una comunidad cristiana viva que ofrece apoyo y sostiene una narrativa alternativa a las concepciones culturales dominantes.

173. La visión cristiana de la familia contrasta con las ideas prevalentes en las sociedades modernas. Mientras estas enfatizan la autonomía individual y ven a los hijos como limitación a la libertad o mera carga económica, la perspectiva cristiana celebra cada nueva vida como don de Dios. Esta visión incluye una comprensión del matrimonio y la sexualidad que trasciende el disfrute personal, ofreciendo a los jóvenes un horizonte más significativo. La decisión de tener hijos y educarlos en la fe se convierte en sí misma en una toma de posición contracultural: una decisión que refleja la apuesta por un futuro más allá del individualismo, y una declaración de confianza en la providencia divina.

174. Los padres y madres cristianos necesitan redescubrir su papel como primeros evangelizadores. No están solos: la comunidad eclesial debe acompañarlos, proporcionando el contexto donde las prácticas y valores familiares cristianos cobran su sentido, pueden sostenerse y desarrollarse.

Iglesia que acoge a fuertes y débiles en la fe

175. Algunos planteamientos de reforma eclesial conciben la pertenencia requiriendo una fe ilustrada y un alto nivel de compromiso comunitario. Esta visión puede caer en la tentación de menospreciar las formas populares de religiosidad y los modos de pertenencia menos intensos.

176. ¿Quién puede juzgar la calidad de la fe? ¿Con qué criterios mediremos la autenticidad del compromiso cristiano? No resuelven el problema los intentos de recrear una supuesta pureza primitiva que en verdad nunca existió como tal. Si bien las comunidades cristianas de los tres primeros siglos se caracterizaban en general por una fuerte identidad, algunos «arqueologismos» pueden convertirse en críticas simplistas que olvidan las intuiciones valiosas desarrolla-

das posteriormente. Una de las más importantes es la capacidad del catolicismo para integrar diversos modos de pertenencia.

177. La parroquia católica nunca se ha basado en la fuerte afinidad de un grupo selecto, sino en un umbral de adhesión no excluyente. Esta apertura genera una comunidad de sujetos diferentes, con distintos niveles de compromiso. Aunque el núcleo de la comunidad creyente se construya sobre un catecumenado exigente, la Iglesia ha de estar abierta a diversos grados de identificación. Como en los primeros siglos, cuando el catecumenado fuerte convivía con formas más sencillas de acercamiento a la fe, también ahora debemos mantener esa apertura que permite diferentes niveles de respuesta.

178. La vida cotidiana impone sus exigencias. La atención a la familia, el trabajo y las responsabilidades civiles compiten con las propuestas en las comunidades cristianas. Muchos creyentes no viven en clave exclusivamente religiosa, sino que integran su fe con otras dimensiones legítimas de la existencia. No podemos pretender que todos mantengan un alto nivel de implicación eclesial.

179. La solución no es abandonar las intuiciones del catolicismo popular, sino adaptarlas a un contexto nuevo, predominantemente urbano, donde la gente busca sentido. En nuestras comunidades habrá como círculos concéntricos de adhesión: desde los más comprometidos hasta quienes, valorando la fe, la viven compatibilizándola con otras llamadas y actividades. Esta diversidad no es un defecto, sino una característica que refleja la universalidad de la Iglesia.

Iglesia que promueve la paz social y entre los pueblos

180. La fe en Jesús es una fuerza de paz y entendimiento en un mundo marcado por divisiones cada vez más profundas.

En la Iglesia, esta fuerza se manifiesta primero como unidad en la diversidad: «*la Iglesia es católica porque es la 'casa de la armonía' donde unidad y diversidad saben conjugarse juntas para ser riqueza*»⁴⁰. Esta experiencia de comunión vivida internamente capacita a la comunidad cristiana para ser instrumento de reconciliación en medio de las fracturas sociales de nuestro tiempo.

181. El mundo actual experimenta tensiones crecientes: polarización política, conflictos étnicos, desigualdades económicas, crisis migratorias y guerras que amenazan la paz mundial. Frente a estas realidades, la Iglesia quiere ser signo de que es posible construir puentes de entendimiento y superar las dinámicas del conflicto y la exclusión. No se trata de ignorar las diferencias reales, sino de aprender a gestionarlas desde el diálogo y el respeto mutuo.

182. La comunidad cristiana aporta elementos valiosos a la construcción de la paz social: una visión de la persona humana que trasciende diferencias culturales y étnicas, una tradición de pensamiento social que equilibra derechos y deberes y, sobre todo, una experiencia milenaria en la gestión de la diversidad desde la búsqueda del bien común. La doctrina social de la Iglesia ofrece claros principios fundamentales para construir sociedades más justas y pacíficas.

183. El diálogo interreligioso, impulsado decididamente por el papa Francisco, expresa esta vocación pacificadora: «*Las religiones, si no persiguen caminos de paz, se desmienten por sí solas*»⁴¹. Las tradiciones religiosas pueden y deben ser puentes de entendimiento e inspiradoras de diálogo, rechazando con firme-

⁴⁰ FRANCISCO, *Catequesis en la Audiencia General* (9 de octubre de 2013).

⁴¹ FRANCISCO, *Mensaje con motivo de la apertura del Encuentro interreligioso anual de Oración por la paz «Puentes de paz»* (Bolonia, 14 de octubre de 2018).

za convertirse en fuente de división o legitimadoras de violencia. Este compromiso con la paz y el entendimiento mutuo no es una estrategia opcional sino una exigencia que brota del corazón mismo del Evangelio.

184. La Iglesia demuestra con su testimonio que es posible mantener convicciones firmes sin caer en el fundamentalismo, defender la verdad sin menospreciar al diferente y buscar la justicia sin alimentar el conflicto. En un mundo donde las fracturas sociales se profundizan este testimonio de reconciliación y paz resulta más necesario que nunca.

CONCLUSIÓN: PALABRA QUE INSPIRA NUESTRA CONVERSIÓN CUARESIMAL

185. *«En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros»* (Jn 1, 1.14). Este prólogo del evangelio de Juan nos revela una verdad fundamental: las palabras que transforman son aquellas que se encarnan, que toman forma en la vida concreta, que se hacen historia y testimonio. La Cuaresma es precisamente ese tiempo privilegiado donde la Palabra busca encarnarse más profundamente en nuestras vidas, tanto personales como comunitarias.

186. Hay palabras que resuenan con fuerza en los altavoces del mundo, pero resultan huecas porque no brotan del corazón de nuestra humanidad. Y hay palabras aparentemente débiles que, sin embargo, contienen la fuerza transformadora de la autenticidad. Como aquella Palabra primera que se hizo carne en la fragilidad de un pesebre, las palabras verdaderas no necesitan imponerse: su poder reside en su capacidad para encarnarse en la

vida cotidiana, para convertirse en hábitos que configuran una manera distinta de estar y sentir en el mundo. Cuando nuestra vida sostiene lo que dicen nuestras pobres palabras, el Evangelio se anuncia de forma creíble.

187. Las reflexiones que hemos compartido en estas páginas aspiran a ser palabras encarnadas que inspiren una auténtica conversión pastoral y misionera. No pretenden ofrecer recetas mágicas ni soluciones inmediatas a los desafíos que enfrenta la comunidad cristiana. Son más bien una invitación a redescubrir el poder del testimonio paciente, a confiar en que Dios sigue actuando en la historia, aunque no siempre del modo y en el tiempo que esperamos. Son palabras que quieren hacerse carne en la vida de nuestras comunidades, traducirse en actitudes concretas, inspirar conversiones personales y una renovación comunitaria.

188. Cada una de las consideraciones presentadas en este documento pastoral busca motivar un cambio real en nuestras vidas. La invitación a ser una Iglesia que vive en la confianza, que genera confianza, que camina en humildad, que se alimenta de la Eucaristía, que resiste la mundanidad, que supera el acomplejamiento, que asume su dimensión sinodal, que construye fraternidad desde los márgenes, que promueve la paz entre adversarios, todas estas llamadas requieren una conversión profunda y sostenida. No son meras sugerencias pastorales, sino expresiones concretas de esa conversión permanente que el Evangelio nos pide y que la Cuaresma nos ayuda a renovar.

189. La Iglesia que viene no se construirá con proclamas grandilocuentes ni estrategias mediáticas, sino con el testimonio humilde y perseverante de hombres y mujeres concretos que viven una vida cristiana sencilla pero coherente y comunidades que reflejan con autenticidad el Evangelio. Como aquellos pri-

meros cristianos que transformaron el mundo no por su poder o influencia, sino por su gran fe en la Palabra de Dios, también nosotros queremos, en una situación muy distinta, ser testigos de esa Palabra que sigue haciéndose carne en medio de nosotros.

190. Nuestras palabras se saben provisionales y abiertas. Pero tal vez puedan convertirse en semillas de renovación, en impulso para la conversión personal y comunitaria que la Cuaresma nos pide, en horizonte para el camino. Este Año Jubilar que quiere alimentar nuestra esperanza nos recuerda que *«cada nuevo paso en la vida de la Iglesia es un regreso a la fuente, una experiencia renovada del encuentro con el Resucitado»*⁴². Esta es nuestra esperanza y nuestra tarea: hacer que la Palabra siga haciéndose carne en la vida de la Iglesia, para que el mundo pueda ver y creer. Que este tiempo cuaresmal, vivido en el contexto privilegiado del Año Jubilar, sea verdaderamente un momento de gracia que nos ayude a encarnar más plenamente el Evangelio en nuestras vidas y comunidades.

Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria
5 de marzo de 2025, *Miércoles de Ceniza*

- + FLORENCIO ROSELLÓ AVELLANAS, O. de M., Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela.
- + JOSEBA SEGURA ETXEZARRAGA, Obispo de Bilbao.
- + FERNANDO PRADO AYUSO, CMF, Obispo de San Sebastián.
- + JUAN CARLOS ELIZALDE ESPINAL, Obispo de Vitoria.

⁴² FRANCISCO - XVI ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA DEL SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión* (24 de noviembre de 2024), 1.

GUÍA PARA LA REVISIÓN DE VIDA
CARTA PASTORAL “EL CONTRASTE PACIENTE”
“Examinadlo todo; quedaos con lo bueno” (1 Tes 5,21)

Esta guía quiere facilitar una lectura personal de la carta pastoral para que, realizada en clima de oración, ayude a nuestra conversión cuaresmal. Se sugiere dedicar varios momentos para trabajar sosegadamente toda la guía, meditando cada texto bíblico antes de abordar las preguntas correspondientes. Las reflexiones serán más enriquecedoras si las compartimos con un acompañante espiritual o en un grupo de fe.

“NO TEMAS, PEQUEÑO REBAÑO”
(Lc 12,32) [Párrafos 6 a 22]

- ¿Cómo vivo personalmente la disminución del peso social del cristianismo?
- ¿Cómo reacciono ante el distanciamiento cultural respecto a los valores cristianos?

“AMAD A VUESTROS ENEMIGOS”
(Mt 5,44) [Párrafos 23 a 41]

- ¿Tiendo a ver el mundo en términos de «amigos y enemigos»?
- ¿Me dejo llevar por la dinámica de la confrontación?
- ¿Sé reconocer lo bueno que hay en quienes piensan diferente?

“VOSOTROS SOIS LA SAL DE LA TIERRA”

(Mt 5,13) [Párrafos 42 a 52]

Revisión de mi testimonio cristiano

- ¿Mantengo mi identidad cristiana o la diluyo para «encajar»?
- ¿Qué bienaventuranzas vivo mejor en el día a día?
- ¿Mi vida tiene un «sabor» distintivamente cristiano?
- ¿Influyo positivamente en mi entorno?
- ¿He invitado a alguien a conocer a Cristo?

“EL FRUTO DEL ESPÍRITU ES PACIENCIA”

(Gal 5,22) [Párrafos 53 a 75]

Revisión de mi paciencia cristiana

- ¿Me fio de Dios en sus tiempos o busco resultados inmediatos?
- ¿Cómo respondo ante la hostilidad o el rechazo?
- ¿Mi testimonio es paciente y respetuoso?

“SI EL GRANO DE TRIGO NO CAE EN TIERRA Y MUERE...”

(Jn 12,24) [Párrafos 77 a 105]

Revisión de mi aporte a la renovación eclesial

- ¿De qué modo contribuyo a formar una comunidad viva y acogedora? [77-81]
- ¿Vivo desde la pequeñez o busco poder e influencia? [82-88]
- ¿Soy testigo del amor de Dios que bendice y acoge? [89-92]
- ¿Acepto la cruz como parte del seguimiento de Cristo? [93-96]
- ¿Trabajo por la unidad o alimento divisiones? [97-100]

“NADIE ECHA VINO NUEVO EN ODRES VIEJOS”

(Mc 2,22)

Notas para una vida cristiana renovada [Párrafos 106 a 184]

- (a) Confianza y experiencia de fe: “En Dios confío y no temo” (Sal 56, 4-5) [109-117]
 - ¿Vivo desde la confianza en Dios o desde el miedo?
 - ¿Cultivo mi experiencia personal de fe? ¿Cómo?
 - ¿Dedico tiempo a formarme en la fe?

- (b) Humildad y autenticidad: “Aprended de mí que soy manso y humilde” (Mt 11,29) [118-127]
 - ¿Reconozco mis limitaciones y mi necesidad de conversión?
 - ¿Me presento con mis debilidades o proyecto una imagen idealizada de mí mismo?
 - ¿Busco ser auténtico en mi vida cristiana?

- (c) Palabra y Eucaristía: “No solo de pan vive el hombre” (Mt 4,4) [128-134]
 - ¿Me alimento regularmente de la Palabra de Dios?
 - ¿Valoro la Eucaristía como regalo de una gracia necesaria?
 - ¿Cuido mi oración y mi vida espiritual con Cristo?

- (d) Resistencia a la mundanidad: “No améis al mundo ni lo que hay en el mundo” (1 Jn 2,15)
 - ¿Qué aspectos de la mundanidad me afectan más? [135-139]
 - ¿Mantengo mi identidad cristiana en ambientes secularizados?
 - ¿Doy espacio a los criterios evangélicos en mis discernimientos y decisiones?

- (e) Evangelización y testimonio: “Seréis mis testigos” (Hch 1,8) [140-151 y 158-174]
 - ¿Comparto mi fe cuando surge la oportunidad?
 - ¿Mi vida familiar es testimonio de fe?
 - ¿Cómo participo en la misión evangelizadora de la Iglesia?

- (f) Compromiso social: “Tuve hambre y me disteis de comer” (Mt 25,35) [152-157 y 180-184]
 - ¿Demuestro preocupación por los más necesitados?
 - ¿Trabajo por la paz y la reconciliación? ¿Cómo? ¿Dónde?
 - ¿Qué hago para construir una sociedad más justa?

“OS DARÉ UN CORAZÓN NUEVO” (Ez 36, 26)
Compromisos concretos de conversión

Para esta Cuaresma me propongo:

- Un aspecto específico a mejorar en mi vida espiritual.
- Un cambio concreto en mi testimonio cristiano.
- Una iniciativa práctica de servicio a los demás.
- Un compromiso con mi comunidad eclesial.

Medios para lograrlo:

- ¿Qué pasos concretos daré?
- ¿Qué ayudas necesito buscar?
- ¿Cómo evaluaré mi progreso?

IDATZ
—argitaletxea—

ISBN: 978-84-96903-80-7



9 788496 903807